

Ado XXXI.

Madrid, Jueves 2 de Enero de 1911.

Núm. 5



**Ardiendo en piadoso celo
las saca del Purgatorio
para que vuelen al Cielo.**

Ayuntamiento de Madrid

Carta de Estévez

Querido Nakens:

La carta que me dirige usted en EL MOTÍN no exige contestación, pero voy á dársela por cortesía; haga usted de ella el uso que le plazca.

Me dice usted que ya ha perdido la brújula. No me sorprende; yo estoy desorientado desde que nací.

Pero me explico lo que ocurre ahora: nos tiramos á degüello, porque siempre hemos sido belicosos; y como ya no tenemos enemigos, como ya no hay monárquicos, ni frailes, ni explotadores, enderezamos toda nuestra furia contra nosotros mismos. Es el temperamento de la raza, «cuyo descanso es pelear»; y es también la tradición, que los españoles han luchado siempre contra sus intereses.

Cuando España era la más poderosa, la más civilizada y progresiva de las naciones del mundo, fuertemente constituida por primera y única vez la nacionalidad con su capital en Córdoba, apareció en las selvas el cabecilla Pelayo y se acabó para siempre la unidad de la nación. En los siglos siguientes, con los progresos de aquella rebeldía, no contentos los españoles (más ó menos moriscos por el cruzamiento) con ser la gran potencia africana, prefirieron ser un apéndice de la ridícula Europa. Aun así, mejorada ya la antigua raza ibero-latino-goda por la infusión de sangre árabe y por la heroica de almoravides y benimerines, pudimos ser el primer pueblo del orbe, la monarquía modelo.

Y vaya un paréntesis; aquí, donde usted me ve, yo he sido monárquico; primero de los califas de Córdoba, después, arrepiando el hecho consumado, de los reyes de Castilla. Pero no puedo explicarme satisfactoriamente que el señor Jiménez de Cisneros, al morir la reina, desaprovechara la ocasión de proclamar la República y someter la nación á un príncipe gótico y demente. Desde aquella fecha soy republicano. ¡Imagine usted lo que sería España sin las locuras de Carlos y Felipe y sin los crmenes de la Inquisición!

A propósito: si se le ocurre á usted venir al mundo un par de siglos antes, ¡valiente chichafrón! Hubiera usted arido como una tea; y pudiera ser que á mí también me hubieran chamuscado.

Quizá diga usted que es una incongruencia el hablar de estas cosas á propósito de lo que me escribe: que los republicanos cambian insultos recíprocos y se han hecho á usted perder la orientación.

Pues no lo entiendo así. Los republicanos se conducen insensatamente, porque están más locos que Carlos V y su señora madre. Quieren «europeizarnos», que equivale á envilecernos. La tal Europa no es más que una inmunidad. No me considero correligionario

de ningún republicano que quiera imitar á la monárquica Europa, vieja corrupta, burguesa indecente y hasta hija de puta, según la mitología pagana.

Procure usted, querido Matusalén, digo Nakens, persuadir á los nuestros de una cosa que al parecer no saben: de que aún existen la monarquía borbónica, la Iglesia católica y la plutocracia vil, y de que nos conviene (y le conviene á España) dirigir nuestros esfuerzos contra esos enemigos en vez de añarnos los unos á los otros. ¡Mire usted que asustarse por si algún concejal resulta un ladroncillo! Lo extraordinario es que no sean tan ladrones los republicanos como los monárquicos, porque eso es lo europeo. Y es lo natural; el hombre nace ladrón, lo es por instinto; el niño se apodera de todo lo que ve al alcance de la mano, aunque luego modifiquen su naturaleza el consejo y el ejemplo de sus padres, el conocimiento de las leyes y la Guardia civil.

Me subleva esa indignación de algunos contra cualquier raterillo municipal, cuando la lista de nuestros ladrones empieza muy arriba y concluye muy abajo, aunque es más nutrida en medio.

Aconseje usted, Melquisedec venerable, á todos los que son demócratas de veras, que no riñan con escándalo y que, así como se ponen de acuerdo para la conquista de actas, se entiendan y concierten para pelear por la República. Pero empiece, dando el ejemplo usted mismo, ya que también se ensaña como buen moro. Porque usted también es algo moro, mi querido Nakens, á pesar de su apellido holandés.

Si tengo ocasión de ver á Bonafoux le daré sus recuerdos. Ese también se europeiza: ha llegado al extremo de vestirse en Londres y de tragar cerveza. ¡Hasta quiere hacernos creer que no hace frío!

Siempre suyo

NICOLÁS ESTÉVEZ

París, 22 Enero 1911.

P. D. Perdóneme usted la machaconería, propia de la edad que nos abruma; pero esta epístola no puede ir sin nostalgia.

He hablado de la cerveza... Los españoles es que la beben ya están europeizados; ¿valen más que los otros?

Al contrario; esa bebida es absurda, amarga, embrutecedora. Francia está en decadencia desde que hay cervecerías. Los alemanes son tan brutos por culpa de la cerveza. En Inglaterra, la gran nación de Europa, hay dos clases perfectamente distintas: la popular, grosera y tosca porque se emborracha con cerveza, y la aristocrática, la inteligente, la que gobierna y manda, que allí entre sus nieblas bebe sol de Andalucía embotellado en Jerez.

No quiero hablar de la crema intelectual inglesa, que bebe malvasía de Tenerife (marcas Hardisson ó Hamilton).—El reclamo es gratuito.

RESPUESTA

Querido Estévez:

Y va de cuento:

«Allá en la antigüedad se presentaron á un rey tres sujetos en demanda de que los premias; el primero porque veía mucho, el segundo porque oía mucho, y el tercero porque renegaba mucho.

Al exigirle al primero que demostrara su habilidad, contestó que desde allí veía á una mujer, que estaba á dos mil leguas de distancia, enhebrando una aguja.

—Aguja que ahora mismo se le ha caído de la mano, exclamó el segundo; acabo de oír el golpe.

—Y tú, ¿por qué reniegas?, preguntó el rey al tercero.

—Por éstos precisamente; por los que ven tanto y oyen tanto.

—Tuyo es el premio, respondióle el rey; pues en verdad te sobra razón para estar renegando siempre.

.....
Aplaudiendo el fallo, declaro modestamente que me pre-entaría á solicitar el premio del que renegaba, por idénticas razones que él, si, en vez de anatematizarla y condenarla, se premiara hoy esta especialidad.

Esto, que escribí en 1885, me ha venido como de perilla para responder á lo que usted me dice sobre si yo debo dar ejemplo á los republicanos que riñen. Que no haya en el gremio individuos que vean tanto ni oigan tanto, y me verá usted convertido por inclinación natural en el ser más bonachón y más inofensivo que puede imaginarse.

Y no es que yo trate, al decir esto, de negarle á usted que en ocasiones me he ensañado con ciertos hombres; ni que pretenda...

Pero dispense usted un momento, amigo Estévez; me traen un puñado de cartas y voy á ver si alguna exige contestación inmediata.....

.....
He acabado de abrir las cartas, y tomo de nuevo la pluma, mas no para contestar, como pensaba hacerlo, á la de usted, tan humorísticamente sangrienta, sino para pedirle que me dispense por aplazar mi respuesta hasta el número próximo. Me ha llegado tan á lo vivo un artículo que me remiten para su inserción en EL MOTÍN, que pudiera dar alguna nota discordante, y ¡aliós entonces mi propósito de atender en lo posible aquella su indicación acerca del ejemplo!

El artículo que me impide contestar hoy á su carta en el estilo que pensaba, es el siguiente:

MONÓLOGO DE UN EXHOMBRE

Estoy convencido: no hay cosa más perjudicial para el hombre que la ingenuidad.

Ser ingenuo, exponer con lealtad lo

que el corazón siente, expresar con franqueza los conceptos que bullen en la mente contra toda injusticia, contra toda hipocresía; contra todo fantochismo, encuéntrense donde se encuentren, acarreando al individuo que lo hace grandes males; los impotentes para el bien se hacen potentísimos para el mal; los mandrias se convierten en tigres y persiguen rastriamente a los cándidos.

Cuando yo era hombre, imitaba a Don Quijote, y los villanos *yangüeses* me molieron; hoy sé lo que soy y miro mi vivir pasado con lástima; toda una existencia perdida en tratar de emancipar a los demás, sin notar que yo caía paulatinamente en la esclavitud más abyecta!...

Por esto en mi alma agostada apenas queda sitio para sentir el mal general ocupándome del mío propio; por esto nada me extraña, nada me conmueve; he caído desde el cielo de una ideología a la nada al fondo de una laguna infecta poblada de reptiles.

Llego en este momento del hospital; en él he dejado mi compañera querida, la esposa que me anima y consuela en esta vida de agonías.

Está embarazada, carecemos en casa hasta del pan diario; ¡cinco años de miseria infinita, de esperanzas y zozobras, han hecho desaparecer todo: hasta los últimos trapos!

La he llevado a un hospital para que dé a luz donde al menos no le falten los cuidados que su estado requiere.

—Oye—me ha dicho con voz preñada de lágrimas,—me harán rezar y bautizarán la criatura; ¿qué hacerle?...

—Reza, hija mía—la he contestado—reza todo lo que quieras; deja que bauticen al nuevo ser, que le hagan esclavo del Vaticano, ¿no somos nosotros esclavos en una nación que pomposamente se titula libre?

Desde el relativo bienestar que disfrutábamos, la hipocresía y la maldad de los que yo conceptuaba buenos y justos nos han lanzado a la miseria; ¡qué le hemos de hacer!; seamos hipócritas por fuerza, finjamos como todos fingien, mintamos como todos mienten...

Dije, y estrechándola entre mis brazos, salí del establecimiento benéfico con el alma dolorida, conteniendo los sollozos...

He llegado a mi casa, he medio vestido con unos harapos a los dos chiquitines y los he llevado a un asilo ¡a un asilo católico! donde al menos llenarán sus estómagos de una bazofia cualquiera y no morirán de hambre en tanto yo medio agonizo.

Cuando yo era hombre no hacía ni permitía estas cosas. Verdad es que entonces tenía la despensa repleta y no quise ni aún ser concejal, y vi los cadáveres de mis hijos enterrados en el campo.

Los librepensadores *irreductibles* de

café, que permiten a sus señoras hociquearse con los directores *espirituales*, no entienden estas cosas.

—Andad, hijos míos—he dicho a los pequeños—rezad mucho, pero comed más; hay que vivir como se pueda sin reparar en la ética de la moral que ahora están sacando a relucir media docena de mequetrefes con gorro frigio, de vesánicos con *inelecto*.

Los chicos se han ido; me entretendré en hojear papeles...

Esto consuela. Es un enorme paquete de cartas antiguas. Las hay de... (1) de cien prohombres del republicanismo español. Escribiéronmelas cuando yo no los necesitaba. Están llenas de felicitaciones; en todas me alientan a proseguir luchando por la libertad y la república.

Recuerdo que antaño, cuando las recibía, producíame entusiasmo y placer. Ahora las miro con amargura, tales pruebas indubitables de la falacia humana.

De entonces acá, ¡cuántas humillaciones, cuántas peralidades, cuántas angustias he pasado!

En vano he escrito a los *queridísimos amigos y correligionarios* pidiéndoles, suplicándoles, exigiéndoles, en nombre de la solidaridad humana, no limosna, trabajo, ocupación donde poder ganar el pan de mis hijos, y los *emancipadores* emancipados me han contestado, unos, los menos, lamentando mucho mi situación, pero sin hacer el menor esfuerzo por remediarla; y otros, los más, ni aún eso. Disculpo el silencio de los últimos; los limpiabotas endiosados, los hampones arrancados del arroyo por la mano de un Calígula de gorro frigio y hechos personajes o diputados por el procedimiento que aquel emperador usó con su caballo, no deben descender hasta ponerse a mi nivel, consolándome en mis aflicciones.

Con hombres así da gusto sacrificarse y exponer libertad, bienestar, vida, todo, para traerles una república que usufructúen, riéndose de los bobalicones que, como yo, tienen que verse precisados a llevar sus esposas al hospital y sus hijos a las escuelas de los frailes para que les den de comer y no se mueran de hambre...

Una cosa me consuela: pensar que, como yo, desesperados, renegando de charlatanes y farolones, de revolucionarios de talco, republicanos de pasta floja y *redentores* de opereta, habrá en España muchos *exhombres* dispuestos a arrancar caretas, para que el pueblo conozca a los que, a la sombra de la bandera de la idea de la justicia, medran, engordan y hacen odioso el ideal de que se titulan sostenedores.

I. RODRÍGUEZ ABARRÁTEGUI

Cádiz, Enero 28 de 1911.

(1) Aquí, sin permiso del autor del artículo, suprimo siete nombres de republicanos de talla.—NAKENS.

Como sé, querido Estévez, que después de *saborear* el anterior artículo disculpará usted el que no conteste a su carta con la extensión que merece y en el estilo que había pensado, me despedido hasta el número próximo.

JOSÉ NAKENS

Joaquín Costa

Cuando las últimas elecciones, le dediqué unas líneas. Nadie las reprodujo ni consagró un recuerdo al enfermo y olvidado.

Corre ahora la noticia de que se ha agravado en la enfermedad que desde hace tantos años padece, y todos se interesan frenéticamente por su salud; y surgen de todas partes ofrecimientos de dinero y de hoteles en climas templados, cual si la temperatura de Gens se hubiera enfriado hoy precisamente, y cual si la situación económica de Costa hubiera sido espléndida hasta ayer; ofrecimientos que se exacerban a medida que los médicos desconfían de salvar al grande hombre.

Si llegan hasta Costa estas explosiones de admiración, que no merece ahora por enfermo, sino que las mereció siempre por sabio, por enérgico y por patriota, ¡con qué desdén las acogerá! El, que tuvo tantos arranques de admirable virilidad para despreciar lo pequeño, lo mezquino, lo calculado!...

¡Por favor! Djadle tranquilo en su solitario aislamiento, vosotros los que buscáis en su enfermedad motivo para exhibiros, como los gusnos lo encontrarán, ¡así tarden mucho, para cebarse en su cadáver el día que muera.

Guardos ese oro con que le apedreáis ahora, los que lo escondisteis avaros cuando los alguaciles se aprestaban a embargarle lo que poseía, por haber condenado con su voz arrogante a los culpables de la ruina y la degradación de España.

Mas si el remordimiento os manda en estos instantes hacer algo por ver si se prolonga la vida de ese hombre excepcional, esa vida que la indiferencia general amargó unas veces y la cobardía ambiente entristeció muchas más, llevadlo a cabo sin esa vocinglería horrible, recatadamente, dignamente, no tratando de construir con materiales de vanidad pedestales a vuestra generosidad tardía.

Si fuera posible que la indignación se mezclase con el asco y con el desprecio, elegiría esta ocasión para verificarlo, al ver que se ofrecen miles de duros al hombre que no puede ya emplearlos en servir a su patria, y se le pide encarecidamente que vaya a buscar en climas templados la salud que perdió años há, sabiendo bien que la enfermedad le impide emprender el viaje.

Si todo esto no contribuyera a la glorificación de Costa, habría que tomarlo por un sarcasmo sangriento.

El capitán Arias Díaz

Otro que cayó sin ver la República, por cuyo triunfo luchó toda su vida, perdiendo carrera y posición.

Fué de los que nunca dudaron y de los que estuvieron siempre dispuestos á sacrificar todo, incluso la vida, por su ideal.

A su entierro, que fué civil, concu- rieron muchos republicanos.

Reciban su esposa y su hija mi pé- same.

DIVAGACIONES

Para reclutar legiones, nada como las sonoras vaguedades. Así, no hay vende- dor callejero de específicos sin tambor, ni barracón de feria sin bombo y plati- llos, y las tres cuartas partes del «éxito» de la medicina ó de la mujer gorda y la foca sabia se deben á los redobles y á los golpes.

Y el mal de los partidos radicales— que los gubernamentales se las entien- dan como puedan con sus alifafes—está precisamente en este abuso de las re- dundantes vaciedades.

En países ya constituídos los gobier- nos no necesitan unidad total de ideas, uniformidad de pensamiento; bátales con que sus hombres estén de acuerdo en el punto concreto que vaya á ser ob- jeto de acción y de reforma.

Pero como España es aún un país sin constituir, todo el que aspire á interve- nir en la gobernación, incluso como crítico y censor, tiene el deber de estu- diar los problemas esenciales en vivo y darles soluciones concretas. Por ejem- plo: si prometemos la supresión de los consumos, no decimos nada de substancia; pero si añadimos cómo vamos á reemplazar este impuesto y de qué mo- do haremos que la mayor parte de los beneficios logrados no se queden en las zarzas de los intermediarios, lograre- mos tres bienes: atraer á los discretos, constituir una esperanza positiva y sus- citar las censuras de la crítica, que para los agudos y bienintencionados es cola- boración.

Prometer las «reformas sociales com- patibles con la justicia», es, casi, casi, de- cir una solemne gansada; detallar cuá- les han de ser estas reformas y de dón- de han de salir los recursos que su im- plantación y cumplimiento requieran— si requieren dinero,—es no engañar á la gente.

Hablar de estimular la riqueza públi- ca, la agricultura, la industria y el co- mercio, equivale también á no decir nada. Señalar cómo, es ponerse en ra- zón y tener al lado una fuerza de opi- nión concreta precisamente por ser con- dicional...

Pero los partidos radicales no lo en- tienden así; y malos traductores los más —no traducen mejor los gubernamen- tales,—sólo son útiles en cuanto consti-

tuyen un peligro, no en cuanto son una esperanza.

A aquel cuyos ideales están más allá del horizonte sensible, puede bastarle para sus fines inmediatos con ser un riesgo de perturbación; el que aspira á gobernar, ó es una promesa segura, ó no es nada.

J. J. MORATO

No me mires, que miran
que nos miramos,
y las gentes murmuran
luego de ent ambos.
No nos miremos,
que en cuanto diga misa,
nos miraremos.

PARA LOS PRESOS

Una carta de Nakens

Este entrañable amigo nos envía la siguiente carta:

«Querido amigo Castroviejo: En el mes de Octubre del año último recibí una carta, fechada en Pedro-Miguel (Re- pública de Panamá), con una letra de 108 pesetas destinadas á los huelguis- tas de Bilbao.

Cuando llegó á mí la carta había ya terminado la huelga; consulté á los do- nantes sobre la aplicación que debía darle á la cantidad, y hoy recibo la res- puesta, autorizándome para aplicarla á remediar cualquiera de las desgracias que á diario pesan sobre nuestra patria querida.

Y como precisamente hoy habla *El País* del abandono en que han estado los republicanos presos en la Cárcel Modelo por consecuencia de la abor- ta manifestación del Cerro de los An- geles, envío á usted las 108 pesetas para que se sirva distribuir las entre los que continúan en la cárcel, sean re- publicanos, sean socialistas, en nombre de los compatriotas siguientes:

	Pesetas.
D. José Sánchez.....	15
» José Rodríguez.....	7,50
» Mariano Carrillo.....	7,50
» Sebastián Aparicio.....	11
» Anselmo Fernández.....	10
» Felipe Sáiz.....	7,50
» Miguel Azón.....	5
» Julián Guaresti.....	5
» Jesús Villaescusa.....	5
» Victoriano Moreno.....	2,50
» Antonio Rodríguez.....	4
» Claudio Vuelta.....	5
» Jacinto Casal.....	5
» Dionisio Mantecón.....	10
Ocho por ciento del cambio de moneda.....	8
TOTAL.....	108

Como sé que tendrá usted mucho gusto en distribuir esas pesetas, no me disculpo por causarle esa molestia, y me reitero suyo afmo. amigo.

JOSÉ NAKENS

Ayer cumplimos el grato encargo de- jando en la Administración de la Cárcel las 108 pesetas, á nombre de Lucio

Martínez, para que éste las distribuya entre él y los demás presos republica- nos y socialistas.

(De *El País*.)

Sin discutir

El socialista que me escribe desde San Seba- tián enumerándome todo lo que han dejado de hacer los republica- nos para traer la República, no creo que trate de reclamar privilegio de inven- ción. Si tal pretendiera, me adelantaría yo, pues me corresponde de derecho: nadie se ha lamentado de eso más, ni lo ha censurado con más constancia.

Respecto á lo de que los socialistas van á traer la República con los repú- blicanos de la Conjunción, sólo he de decirle que me alegraría en el alma, pe- ro que tengo la desgracia de no creerlo posible.

Todos los republicanos juntos, con los socialistas á nuestro lado, quizás pu- diéramos traerla; mas para esto sería preciso variar por completo de proce- dimientos: con discursar, amenazar y excomulgarnos mutuamente, me permi- to opinar que no vendrá.

De lo demás que me dice, no quiero ocuparme. Cuando yo combatí á los so- cialistas, fué porque sus jefes predica- ban en todos los tonos á los obreros, que la República sería para ellos peo- que la monarquía.

Y no me podrá negar nadie lo siguién- te: que al unirse ahora á los republica- nos, contradiciendo aquella afirmación absurda, han reconocido implícita y ex- plicitamente que yo tenía razón enton- ces.

Y sería yo injusto, á más de imbécil, si habiendo venido ellos á condenar hoy su conducta pasada uniéndose á nosotros, continuara atacándoles como antes.

Contestados todos los puntos que ese socialista toca en la carta que me ha di- rigido, sólo me resta decirle:

Que ni me asusté nunca de ninguna idea avanzada, ni exigí de nadie otra cosa sino que respondiera siempre y en todos los casos á la que profesase; pero que yo sólo he sido y soy republicano y anticatólico (vulgo anticlerical).

¿Se reconoce que he luchado sin des- canso por estas ideas? Me alegraré; que siempre agrada que le hagan á uno jus- ticia.

A lo que no hay derecho, es á pedir- me que obre como si fuese socialista ó anarquista; y no lo hay, entre otras ra- zones, porque yo jamás alardeé de esas ideas, ni por sport, ni con propósitos interesados.

Si te pregunta, niña,
que á quién adoras
primero morir mártir,
que confesora;
que al que confiesa
con curas ó con frailes,
luego le pesa.

La lengua y la pluma

Dolfase aún no ha mucho cierto crítico, más afamado por su agudeza que no por su indulgencia, del estado de postración en que yace, según él, entre nosotros la preusa periódica. Y puesto á indagar las causas, hallaba la principal en la abstención sistemática de los trabajos periodísticos por parte de nuestras sumidades más eximias, las cuales, una vez elevadas al pináculo de la celebridad y la fortuna, dejan dormir la péñola, si antes la esgrimieron, y se limitan á pronunciar raros y nebulosos oráculos, oficiando de Pitonisas en la tripode de la *interviu*.

Es patente; entre las dos formas en que el verbo humano se encarna, late, bajo engañosas apariencias de armonía, la serpiente de la civil discordia. Uno á uno la tribuna roba á la prensa sus prestigios. La palabra hablada es la enemiga natural de la palabra escrita. La lengua hace á la pluma una ruinosa competencia.

El hecho no es siquiera privativo de nuestro país y de nuestro tiempo. Durante lo que pudíramos llamar el ciclo romántico de la política, se reproduce con constante regularidad. Frente á la brillante pléyade de los Chatam, los Burke, los Fox y los Sheridan, apenas si puede ofrecer el periodismo inglés otro escritor de nota que el autor misterioso y anónimo de las célebres *Cartas de Junio*. En todo el siglo de elocuencia que va desde Mirabeau hasta Gambetta, los de Camilo Desmoulins, Pablo Luis Courier y acaso Emilio Girardin son los únicos nombres de periodistas que haya grabado la pluma por modo indeleble en la memoria de la posteridad. Para un *Figaro* ó un *Lorenzana* cuántas estrellas de primera magnitud han fulgurado con resplandor inextinguible en el cielo de nuestra tribuna! Y así tendrá que ser cuándo y dónde quiera se haga la vida pública, más bien por impulsos de pasión y sentimiento, que obedeciendo á los dictados de la conciencia reflexiva.

Sólo que el mal entre nosotros tiende á hacerse crónico. Esta es nuestra idiosincrasia. El predominio retórico es casi una fatalidad de nuestro temperamento. Aquí, á despecho del proverbio, todo el mundo nace orador. Las exuberancias orientales de la fantasía nacional se avienen difícilmente con la pura enunciación del pensamiento, que encuentran seca y fría, mientras hallan su expresión adecuada en el arte, á la vez plástico y dinámico, mímico, figurativo y un poco teatral de la elocuencia. La misma lengua, rebelde á la severa concisión del escrito, es instrumento maravilloso para las sonoras retumbancias de la oratoria.

Raza de artistas, según hemos convenido en llamarnos, tenemos en más el culto externo que no la intrínseca devoción de las ideas. Coopera á ello la agilidad del cerebro latino, probada experimentalmente por Mosso, esa funesta facilidad de acción y reacción que hace á la gente meridional tan apta por lo común para manejar la frase cuanto inepta para profundizar el concepto. El triunfo oratorio tiene algo de personal, propio para halagar la vanidad á que tanto propenden los espíritus en

que la imaginación predomina. Agitar las almas, conmover á las muchedumbres, hipnotizar y sugestionar á los grandes públicos, calmar las pasiones con un ademán ó excitarlas con un apostrofe, producir á placer el entusiasmo ó engendrar el enternecimiento, arrancar alternativamente las risas de los labios ó las lágrimas de los ojos, es constituirse por tiempo en una especie de semidiós. Añádase á tantas facilidades é incentivos de docilidad de un auditorio que se presta encantado á tales experiencias de hipnotismo; público perezoso á cuyas aficiones cuadra mejor que la actividad de leer la pasividad de escuchar; país bienaventurado, compuesto de individuos por cuyas tres cuartas partes aun no se ha inventado la imprenta, y se comprenderá cómo el triunfo de la lengua sobre la pluma se halla implicado para nosotros en la propia ley dinámica y biológica conforme á la cual toda fuerza sigue necesariamente aquella dirección en que es menor la resistencia.

Así la palabra lo es todo. Ella hace aquí las veces de historia, de consecuencia, de desinterés, de habilidad, de acierto, de fortuna, de genio, de virtud. Nunca mejor aplicada la manoseadísima frase del príncipe de Dinamarca. Contra toda ley económica, la abundancia de la oratoria en nada perjudica á su estimación en el mercado público.

Jamás la oferta de retórica basta á satisfacer las exigencias del pedido. Quien «tiene palabra», todo lo tiene. El que carezca de ese don, así fuere más sabio que Aristóteles, más prudente que Nestor, más astuto que Ulises, más piadoso que Eneas, más esforzado que Aquiles y más patriota que Kosciuszko, no pasará de ser un Don Nadie. «¿Quien supiera hablar!»: tal es la doliente optación de todo ambicioso balbuciente ó tartamudo. El «¿quién supiera escribir!»: se queda para la heroína de la dolencia. El escribir, en nuestros tiempos, no lleva á parte alguna. Nada, pues, tan lógico y justificado como el profundo menosprecio con que el más mínimo de los oradores considera entre nosotros al más máximo de los folicularios, como solía llamarles Chestre, cuando, allá en sus mocedades, amenazaba fusilarlos.

Pretender que los jóvenes de porvenir den paz á la lengua para enristrar la pluma, no equivale á pedirles que renuncien á subir fácilmente al Capitolio por empeñarse en seguir, con esfuerzo y dificultad, el camino del hospital?

«La pluma es la lengua de la reflexión», decíanos en cierta ocasión un doctor no menos ingenioso que sabio. Si la metáfora no resultara algo barroca añadiríamos de buen grado al anterior este aforismo: «la lengua es la pluma de la pasión, del sentimiento, del instinto y de la fantasía.» Tal vez no se halle muy lejano el día en que las gentes se asombren de que haya podido concederse á la verbosidad una tan grande influencia sobre el destino de los pueblos y encuentren no menos extraño el confiar la dirección de los negocios públicos á los grandes oradores que pudiera serlo el encomendárselos a un pintor distinguido ó á un eminente maestro de violín. Aun éstos tendrían sobre aquéllos la ventaja para el caso, de que su arte, menos fatal, no es ins-

trumento adecuado para defender por igual el pro y el contra, vestir la mentira con apariencias de verdad, dorar la píldora del sofisma, obsesionar al oyente y dominar á los espíritus penetrando en ellos, no por la puerta de la reflexión, sino por el portillo de la emotividad y las pasiones.

Mientras ese día llega, hay que convenir en que la situación creada á la pluma por la soberanía de la lengua no tiene hoy por hoy entre nosotros nada de envidiable. Sólo el maestro de escuela puede competir con el periodista en punto al contraste que forma con la alteza augusta que retóricamente se atribuye á su función, la desestima rayana en menosprecio en que se tiene á los que la cultivan. Su vida es dura. Escalvo de la actualidad, le pertenece por entero desde los pies á la cabeza. Inclinado sobre las cuartillas, pásase las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio para empujar su roca de Sísifo, tejer su tela de Penélope y llenar su tonel de las Danaídas, si es lícito remozar ahora los viejos *clichés* del metafóricismo mitológico. Encargado de saciar la sed *tantalica* del respetable público, corre afanosamente de Ceca en Meca y de zoca en colodra, con gran consumo de suelas y otros «medios de locomoción.» Obligado á tratar según las necesidades del momento, de *omni re scibile*, ha de tener convertido el cerebro en una novísima edición de la Enciclopedia. Y como resultado de una labor infatigable, suele obtener el mismo que alcanza quien predica en desierto ó quien machaca en hierro frío.

En cambio tantos afanes son, por lo común, bien recompensados. Verdad es que desde que las ternuras domésticas y los parentescos por afinidad han invadido la vida pública, el tálamo ha sustituido á las redacciones en la misión de proveer el país de hombres políticos y administrativos. Pero los sueldos, por lo general, suelen ser pingües. La amenaza de un lance personal, siempre posible para aquel que tiene por oficio meterse donde nadie le llama, contribuye á mantener despiertas las energías del periodista. Una legislación paternal, que equipara sus delitos á asesinatos y los pena como parricidios le inculca la saludable reverencia de las leyes. Teniendo por misión la defensa de los derechos y de los intereses de todos, se concita naturalmente la enemistad de cada uno. Y si por acaso osa deponer por un momento el incensario ó dar paz al bombo, verdaderos emblemas de la profesión para muchos, los dioses mayores del olimpo de las letras, á quienes enoja su crítica, pónenle de ignorante, procaz y deslenguado como no digan dueñas, y tan pronto le llaman *chico de la prensa*, aunque haya doblado por su mal la edad de los «amargos desengaños», como le califican de *mono sabio*, rústico yangués y otras semejantes lindezas. Quien goza de tantas venturas vitalicias, bien puede consolarse de que lo efímero de su obra le cierre en las narices las puertas del alcázar de la inmortalidad y le rehusa el acceso á la gloria, esa feria de las vanidades de ultratumba.

Creánnos los jóvenes que salen ahora, acabaditos de ilustrar, del augusto templo de Minerva. Cultiven ellos su voz y ensáyenla sin descanso hasta dar con toda facilidad el *do de pecho* parla-

mentario. Con esto y un buen matrimonio, carrera hecha. Cuanto á la pluma... *¡vade retro!* Quien les aconseje meterse en el avispero periodístico, ese se engaña ó les engaña, así fuere el tal consejero el más cáustico y también el más avisado y penetrante acaso de nuestros críticos.

ALFREDO CALDERÓN

La beata es lo mismo
que leña verde,
que gruñe, se resiste,
y al fin se enciende
como una fragua,
y si la sopla un cura
arde que rabia.

El presidio de Ocaña

Régimen "progresivo"

España ha mandado representantes á cuantos Congresos penitenciarios se han celebrado en Europa y América. ¿Para estudiar el régimen «educativo» que siguen en cuestiones penitenciarias las naciones más adelantadas en esta clase de estudios, Francia, Inglaterra, por ejemplo? Lo dudo, atendiendo á los resultados, porque, ó son muy torpes los «discípulos» que España ha mandado á esos Congresos, ó muy poco lo que en ellos se aprende.

No hemos de incurrir en las exageraciones de algunos médicos y abogados que reconocen la *existencia de una herencia criminal directa*, ni tampoco la de una *herencia degenerativa* cuando, á nuestro juicio, la cuestión de la criminalidad está supeditada al «medio» en que el individuo se desarrolla.

¿Que el ilustre psicólogo francés M. Carlos Feré comp obó (comprobación difícil) que entre los 8.227 detenidos en las demás penitenciarías, 2.579 descendían de padres que habían sufrido condena? ¿Y qué? ¿Hemos de creer por eso en la *herencia criminal directa*, estando plenamente convencidos que todo es cuestión del «medio»?

¿Podemos creer, los que prácticamente hemos podido estudiar la delincuencia, que un establecimiento montado bajo los principios antropológicos del Dr. Rubanovitch, sería para el porvenir una cárcel menos?

Déjmonos de teorías y vamos á la evidencia. Las penas disciplinarias no modifican el carácter de los reclusos. El *tratamiento de la dulzura* tampoco produce los excelentes efectos que ponderan los partidarios de tal sistema. ¿Cómo encontrar la solución á tan arduo problema?

Es el asunto á tratar, y nosotros vamos á hacer un pequeño estudio del régimen progresivo implantado en los presidios españoles, eligiendo el de Ocaña.

Ingresa en él un recluso procedente de una cárcel de partido. Como primera providencia lo encierran en una celda reducida, y hasta los ocho primeros días de estar sometido al *secuestro*

individual, no se le concede paseo. Al noveno se le señala una hora de paseo de pista, que consiste en dar vueltas, igual que una caballería alrededor de una noria. No puede hablar ni una sola palabra (esta es la falta más grande, hasta el extremo que por sólo mover los labios han sido castigados muchos reclusos). Y en esta situación están un mes, dos meses, seis meses, un año...

Y ahora pregunto yo: ¿Qué se ha conseguido con tener á un hombre encerrado en una celda durante seis meses? ¿Que se eduque? ¿Y quién se ha cuidado de educarlo, si las puertas de las celdas del *Barranco del Lobo* sólo se abren tres veces al día para entrarle al recluso los dos ranchos y hacer la limpieza? Y ese es el régimen progresivo que se ha implantado en los presidios de España, después de gastar tantos miles de pesetas en viajes al extranjero.

A los quince días de estar el recluso sometido al *tratamiento progresivo*, se nota en él (ya lo decía en mi artículo anterior) la depresión física; y claro está que á los seis meses de ese *tratamiento* ha de encontrarse forzosamente en el primer grado de anemia; y en estas condiciones, si el trabajo fuera obligatorio (eso se pretende, y eso debía ser) en las prisiones, ¿podría exírsele al recluso que produjera cuando menos lo suficiente para no ser una carga pesada y tan pesada, á la nación?

No, señores de la Dirección general de Prisiones, no. En esas condiciones fisiológicas el recluso no puede producir; pretender tal absurdo sería lo mismo que pedir á las madres cloróticas la regeneración de la humana especie.

En el próximo número expondré algunos casos que pateticen la manera absurda y cruel con que se practica eso que han dado en llamar en España régimen progresivo, para hacer creer á los que no entienden de estas cosas, que en esto marchamos al unísono con las naciones más adelantadas.

ANSELMO SANTA CATALINA



Paraguay, Cataluña y Portugal en manos de los jesuitas

Ultimamente dicen y se quejan de que presenté, en el Cabildo de Santa Fe, un requerimiento exortatorio, y que lo leí entre los de la Ciudad, y que era tan escandaloso, que el Señor Oidor don Andres Garabito de Leon lo sacó del Archivo del Cabildo y lo quemó. Respondiendo, que no solo lo presenté y leí en Santa Fe, sino en Buenos Aires, y por

él hice notorios los gravísimos delitos, que con tanta publicidad y escándalo han cometido en el Paraguay, así al Señor Gobernador don Jacinto de Laris, como á toda aquella Ciudad; y en la de Córdoba hice lo mismo; y de veinte leguas de allí se lo remití al dicho Señor Oidor, y tengo en mi poder carta suya de como lo recibió; hele remitido, porque no lo ignoren, al Rey nuestro Señor, al Señor Virrey, á la Real Audiencia de la Plata, y al Cabildo de la Villa Imperial del Potosí para que se estuviese con cuidado no fomentasen allí alguna revelión, como tan poderosos y ricos y de tantas cabilaciones, con capa de Religión, por divertir lo del Paraguay, con cuyo suceso, y tres Provincias que tienen tiranizadas, y pertrechadas de arma de fuego en aquellas partes, no es menester ir á buscar ejemplares de lo que han obrado en Cataluña y Portugal.

Testimonio del P. Fr. Gaspar de Arteaga, t. II, p. 57.

Mosaico clerical

En Méjico han bailado de júbilo estos días los clericales y la frailería por haber sido derrotados los revolucionarios y «flanzados en el poder el *vitalicio* presidente Porfirio Díaz. Si hubieran triunfado los revolucionarios hubiera habido *Te Deum* á granel, como ha sucedido en Honduras, Nicaragua y en Portugal. La Iglesia es así: «¡Viva quien vence!», y siempre al lado de todo lo que huele á autocracia y despotismo, ya sea con corona, ya con gorro frigio, porque ¡ay! las tiranías se pueden dar con todos los gobiernos y con todos los sistemas, cuando se dejan seducir por los cantos de la sirena clerical.

El tribunal de apelación de Luxemburgo ha condenado á cinco años de presidio al cura párroco Laux, de Medernach, por corrupción y abusos des honestos cometidos con treinta y siete niños, menores de diez años. En el juzgado de primera instancia fué absuelto; gracias á la presión de los clericales, pero en el de apelación han sido las pruebas tan aplastantes que el *fluminio* ha dado con sus huesos en la cárcel. ¡San Luis Gonzaga bendito le proteja!

En poco tiempo han quebrado en Austria siete bancos clericales. Después del panamá clerical de Klagenfurt, le ha tocado ahora el turno al de Rubiana, que deja un pasivo de seis millones de francos, y en la miseria á infinidad de labradores y familias, que le convaron sus fondos creyendo que el dinero está más seguro en manos piadosas y en gavetas bendecidas. Sin duda ignoraban aquel sabio refrán español: «A la puerta del rezador no pongas tu trigo al sol.» Estos farsantes que siempre hablan del cielo, se pirran por los bienes de la tierra. Si, están en el secreto.

En Croacia hay un jollín de dos mil demonios porque el cardenal Merry ha nombrado coadjutor del arzobispo de Zagabria al canónigo Antonio Bafier.

Este señor sucederá al arzobispo en la silla, y como es alemán y renegado, avaro, déspota é intransigente como un fraile español, pues á los croatas no les llega la camisa al cuerpo ante la perspectiva de tan bello pastor; y tanto es así, que han amenazado con pasarse en masa al protestantismo si el tal B. ú. r. obtiene el *placet* regio. ¿Al protestantismo? Vaya, sin duda estos croatas no saben que también allí hay arzobispos, y algunos peores que el que tanto tomen. ¿No sería mejor que suprimieran el arzobispado de Zagabria?...

La provisión del obispado de Nagy-Vazad (Hungria) ha costado más tiempo, intrigas, motines y luchas que la de una corona real. Se comprende: se trata de una espléndida tajada. Las fincas propiedad de este obispado tienen una extensión de 137, 193 hectáreas, y su venta anual es de muchos millones de francos; de aquí que los modernos apóstoles hayan andado á la greña para desposarse con tan rica esposa. Por fin ha obtenido la prebenda el conde de Gresen, después de muchos sacrificios pecuniarios, y de comprometerse á entregar un millón de francos todos los años para el dinero de San Pedro. Y luego habla la curia romana de *simonía*. ¡Ah, farsantes!

En San Petersburgo ha sido encarcelada la princesa Lobanoff, y también muchas damas piadosas, clérigos y frailes, que formando parte del comité de la Cruz Roja habían robado cerca de trece millones de francos recaudados para socorrer á las víctimas de la guerra ruso japonesa. El pueblo está indignado, y no concibe como personas tan devotas y ricas pudieron lucrarse con lo que estaba destinado á remediar tantos infortunios. Pues precisamente por eso, por ser ricas y devotas.

En Carleone (Sicilia) ha sido asesinado el cura párroco Salvatore Cutrone, quien en complicidad con sus vicarios, y mediante testamentos falsos, había arruinado á más de noventa y dos familias del pueblo. Pero todos los oficios tienen sus quiebras, y aunque el de ladrón con sotana es de los más seguros, el día menos pensado surge un hombre, y jados gananciales el ensotonado abierto en canal baja como un relámpago á los infernos. Que allí nos espere muchos años el cura de Carleone.

Los jesuitas de Alemania y Austria están que trinan. La popularidad inmensa que allí obtiene el libro del ex-jesuita conde de Hoensbroeck titulado *Catorce años de jesuita*, les hace blanco de todas las miradas. El noviciado, la vida de los colegios, el sistema educativo de la Compañía, y sus métodos para embaucar á la nobleza y á los ricos están allí descritos de mano maestra. El autor recibe de todas partes invitaciones para dar conferencias sobre el jesuitismo, y el partido progresista le presenta como candidato para las próximas elecciones del *Reichstag*. Mirbeau en Francia, Pérez de Ayala en España, y hoy ese otro en Alemania, ¡buenos golpes llevan los buenos Padres

de la Compañía! Lo peor es que los que los siguen no escarmentan ni á tiros. Peor para ellos.

El profesor Salvador Minocchi, ha dado una conferencia en Florencia demostrando que los libros que la Iglesia atribuye á Moisés, no son de este señor ni mucho menos. Son la fusión de cuatro obras distintas de autores desconocidos, la primera de las cuales es posterior en siete siglos á Moisés y la última en más de mil años. Con que; ¡cualquiera se fía del Génesis!

La parte que se refiere á Moisés es un tejido de leyendas, sobre todo lo concerniente á las leyes y revelaciones del Sinaí. Muchos críticos con gran copia de razones niegan la existencia histórica de Moisés; Minocchi la reconoce, pero sólo desempeñando el papel de guerrero ó caudillo, jamás el de escritor. Nada cierto se sabe de Moisés, y todo son conjeturas. ¿Fue un mito? ¿Fue un caudillo revolucionario y libertador de un pueblo oprimido? No se sabe; en torno de su figura todo son tinieblas, y los libros que se le atribuyen están demostrados por la más rigurosa crítica que no pueden ser suyos.

¡Buena se está quedando la Biblia!
FRAY GERUNDIO



Dicen que lo que es bueno
cuesta un sentido;
también cuesta lo malo,
amigo mío.
El pre- supuesto
del clero cuesta mucho,
y es malo el clero.

Una compensación

«Caballero discreto desea protección de señora.» «Pagaré piso de 25 á 50 pesetas á señora sola y discreta, á cambio de habitación amueblada.» «Caballero joven, con carrera, sin grandes exigencias, contraería matrimonio con señora de posición.» Todos los días, en todos los periódicos, se leen estos ó parecidos anuncios. Señoras desamparadas y bonitas ó simpáticas, ó de trato agradable, solicitan el amparo de señores de edad. Caballeros discretos, jóvenes, con carrera ó sin carrera, no muy exigentes, demandan la protección de una señora ó desean matrimoniar con ella. Si hombres y mujeres ven realizadas sus aspiraciones, es cosa que no se sabe. Lo que no se ignora es que unos y otras prescinden de prejuicios y escrúpulos y van derechamente á afianzar sus derechos á la vida, buscan el pan por los medios que están á su alcance, y avaro hallan la base del triunfo en el mañana. Si el fin es bueno, todos los medios son excelentes.

Tal vez estas renunciaciones á tiempo sean la única sabiduría de la vida. La discreción de un caballero que condesciende á compartir con el «beasat» la cari-

ñosa solicitud de una dama, ó la señora bonita que sabe hacer productivas sus bellezas, ó el joven de trato agradable que emplea su juventud para salir flador de pecadillos de los cuales no supo más que lo imprescindible para prohibirlos, quizás no desdigan mucho de la discreción de otros caballeros que saben ocultar á su orgullo la pequeñez de suponerse á la altura del perrillo faldero, ó de otras damas que compraron legalmente una fortuna con sus bellezas, ó de otros jóvenes exquisitos, espirituales, cuyas ideas de caballería se oponen á toda suposición malévolas y cuya delicadeza consiste en recordar honras ajenas antes de que nadie pueda dudar de ellas. Todo es lo mismo á la postre. Con un poco de buen humor, sintiéndose optimista, sobran razones para demostrar alegremente que es tan sabio tomar un oficio como usufructuar la discreción, tan honesto hacer productiva la hermosura, sin pasar por la Vicaría, como matrimoniar con toda solemnidad, y tan sosudo comprar el sustento con años de juventud como poseer automóvil á costa de un nombre ó de un título nobiliario.

Bien está que se empleen la discreción, la belleza y la juventud en negocios productivos. Esto, al menos, es más consolador que estrellarse los sesos, tomar sublimado ó resignarse á morir en un hospital ó un Asilo, como un vagabundo ó una buscona, el hombre que nació para caballero y la mujer que nació para gran dama. Es una compensación honrada, la única que cabe á las personas que vinieron al mundo para llegar á los altos puestos, gustar de los grandes honores y definir los grandes afectos. ¡Bienaventurados de los que saben renunciar á las futilidades del ingenio y ven realizadas sus aspiraciones! Para ellos son los mejores artículos necrológicos de los periódicos, las más solennnes honras fúnebres, las más bellas poesías de los poetas, el más atrevido alarde de la escultura y las lágrimas más sinceras de las personas honradas.

GUSTAVO

Es el amor un niño
que cuando nace
con poquito que coma
se satisface,
y cual los cuervos,
cuanto más le van dando
más va engullendo.

Siguen los atropellos

Murió en Huesca Marcial Pou, libre pensador convencido, rechazando á última hora todas las solicitudes que cerca de él hicieron los cléricos para que se pusiera en condiciones de ir derecho á la gloria.

En vista de que nada consiguieron, se las arreglaron para ocultar la hora del entierro hasta á los más íntimos, y á las seis y media de la mañana, cosa que las autoridades no debieron consentir, llevaron el cadáver al cementerio civil.

Mas no les valió la traza, pues advirtiéndose varios individuos de ideas radica-

les, llegaron antes de esa hora y fueron á pie tras del coche fúnebre, y eso que hay una hora de camino desde la población al cementerio.

Este hecho da la medida de lo que ocurre en España.

Si en una capital de provincia se atreven los clericales á hacer esto, ¿qué no ocurrirá en los pueblos?

Hay que seguir trabajando para acabar con estos abusos, estos atropellos y estas ilegalidades.

Al ver llegar los frailes dije á mi tío:

—Ya tenemos enfrente los enemigos.

Y le dio risa,

y dijo:—Entran despacio, saldrán deprisa.

La Inquisición y sus torturas En Italia

En modestos artículos anteriores he dado á conocer á los simpáticos lectores de EL MOTÍN algunas curiosidades sobre la Inquisición en América, á donde la llevaron nuestros católicos antepasados, con el dulce fin de quemar vivo al prójimo, y debo agregar ahora, que muchos datos están tomados del hermoso libro de Ricardo Palma, *Anales de la Inquisición en Lima*, obra agotada, por desgracia, pero que un editor incluirá en el *Apéndice á mis últimas tradiciones* del propio autor; aviso que tendrán presente los aficionados á las lecturas bellas é instructivas.

Y si en América produjeron los Inquisidores horribles desaguisados, no la fueron en zaga los que causaron, como todos saben, en España, y que, por ser de casa, omitiré; pero si recordare que en Italia también hicieron de las suyas los representantes de Dios en la tierra. He aquí, como juicio sintético, algunas palabras de Eugenio Pelletan, en su prólogo al libro de Gallais sobre el Santo Oficio en la nación á que me refiero últimamente:

«La Inquisición era, propiamente hablando, un Estado dentro del Estado. Poseía como él su ejército; pero un ejército anónimo, oculto, invisible, impalpable, llamado la Santa Cruzada.

La Santa Cruzada, milagrosamente esparcida por donde quiera, era una pupila y un oído abiertos en todas partes (como lo fué en Barcelona la Difensa Social durante la represión maurista), por donde la Inquisición, presente y atenta á cada momento sobre todos los puntos del espacio, podía verlo todo y oírlo todo á un tiempo. Estaba allí, y aquí, en el aire, en la sombra, invisible, desconocida, dándose la mano y haciéndose traición en un beso.

No podíais andar, hablar, dormir, sin tener á vuestro lado la Inquisición. Estaba á vuestra puerta, en vuestra mesa, en vuestro lecho, espiando vuestra vida, vuestra comida, vuestro sueño, vuestra respiración. Temaba para eso la figura de vuestro padre, de vuestro hijo, de vuestro hermano, de vuestra esposa, de vuestro vecino, de vuestro amigo. Leía vuestro libro con vos, detrás de vos; hojeaba en vuestra mesa de estudio, al mismo tiempo que vos, la página más secreta de vuestro pensamiento. Recogía en el viento, sobre vuestra huella, la más ligera palabra. No podíais interponer entre ella y vos ningún mar, ninguna distancia; os seguía, como fantasma invisible, de ola en ola, de ol en ol. Cuando una escucha se aparejaba, novate á su herdo la Inquisición. Cuando en una corona saltaba á quemar un resacaiento allí desembarcaba un inquisidor.

Un hombre era sospechoso de herejía, quería huir, pasaba la frontera; la justicia muda de la Inquisición marchaba tras él, y donde quiera hubiere un fraile dominico autorizado por el Papa para quemar cristianos, decía una palabra y el fugitivo era cogido, atado con fuertes ligaduras y sepultado vivo en un gulfo de olvido, de donde no salía sino muchos años después para ir al suplicio. La Inquisición, en fin, veía, sabía á cada instante todo lo que el espíritu más humilde perdido entre la multitud podía decir ó pensar. Tenía la cabeza inclinada sobre el confesionario para interceptar, al paso, la confesión del pecador. Forzaba al confesor mismo á revelar el secreto de la penitencia. Tomaba el lugar de Dios para perseguir un secreto que él sólo debía oír.

La Inquisición perseguía la independencia del pensamiento, que ella llamaba herejía. Pero ¿qué era la herejía? Escapaba á toda definición. No era un acto público y palpable que revelase por sí una negación del Evangelio. No. La Inquisición había ideado mil suertes de herejías envueltas en la sombra.

Erase hereje, por ejemplo, por haber negado que las campanas eran las trompetas del Señor; por haber practicado el simple préstamo á interés; por haber embotellado al diablo mediante algún procedimiento de alquimia; por haber recitado los Salmos sin agregar *Gloria Patri*; por haber leído una traducción de la Biblia; por haber discentido alguna regla del catecismo; por haberse puesto camisa blanca el sábado; por haber dado á los hijos un nombre hebreo; por haber vuelto, al morir, la cara á la pared; por haber matado en Pascua un carnero padre; por haberse lavado, por la mañana, los brazos hasta el codo; por haberse enjuagado la boca después de comer; por no usar vino en la comida; por haber separado el gordo del tocino á la hora de cenar; por haber pisado sobre la hoja del cuchillo; por haber murmurado, en fin, de la venerable é infalible Inquisición.

Y cuando, á pesar de su piadosa habilidad en la superchería, la Inquisición no lograba comprometer al acusado por sus propias declaraciones, llamaba en su auxilio la tortura. Su fundamento era el siguiente: «Como la herejía se oculta principalmente (decía el Manual) en los pliegues de la conciencia, como ella es, sobre todo, un pensamiento la Inquisición deberá emplear la tortura para conocer el pensamiento íntimo del acusado.»

«Motivos ó pretextos para infligir la tortura? Una duda del acusado durante el interrogatorio, su turbación, su palidez, una ligera contradicción, un indicio, el vislumbre de un indicio, la apariencia de una probabilidad de sospecha... ello bastaba para que se sometiera al acusado á los más bárbaros suplicios, en nombre de una religión de amor y paz.

Eso sí, antes de torturar al prójimo, calmaban aquellos salvajes su conciencia con esta declaración, que hoy día llamaríamos una geleonada:

«Ordenamos que la dicha tortura sea empleada de la manera y durante el tiempo que juzgemos conveniente, después de haber protestado, como protestamos, que en caso de lesión, muerte ó fractura, el hecho no podrá imputarse sino al acusado.»

Y con esta estupidez reventaban al infeliz que caía en sus manos...

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Febrero 1911.

Más sobre la Inquisición

En 1304 fueron quemados en París ciento cuatro herejes.

Un católico, llamado Mateo Corbin, conmovido, se lamentó al ver tantas hogueras, y fué también preso y quemado, fundándose en que, compadecer á

los enemigos de la Inquisición, era ofenderla.

En 12 de Julio de 1305 fueron condenados treinta y dos herejes en Carcasona (Francia) por el inquisidor Juan de Belna. Once, entre ellos cuatro mujeres, perecieron en la hoguera. Los veintiocho restantes fueron condenados á reclusión perpetua.

El 4 de Marzo de 1307, Bernardo Guidonis, inquisidor de Tolosa (Francia), aplicó el suplicio del fuego á un hombre y una mujer vivos, y á los restos de tres herejes muertos.

El 24 de Mayo de 1309 fueron condenados noventa y tres herejes por la Inquisición de Tolosa (Francia), seis de ellos á prisión temporal, y euarenta y cuatro hombres y dieciséis mujeres á prisión perpetua.

Entre los castigados figuraban: Arnau Izarzu, menor de edad, como fautor de herejía, por haber obedecido órdenes de sus padres; Raimundo Mascard, por haber dado dos sueldos de limosna á un hereje; Jacobo Mercadier, de dieciocho años de edad, por haber denunciado á sus hermanos; Guillermita de San Geliu, por haber pagado á un hereje lo que le debía; una tal Bernarda, por no haber delatado á unos herejes que iban á su casa y de quienes su marido le había dicho que eran gentes honradas.

Esteban Vernier, de Verdun, y Ameliers, de Portis, fueron quemados en la plaza de San Esteban, después del sermón, y lo mismo les ocurrió á los cadáveres de cuatro mujeres que habían muerto en los calabozos antes de ser condenadas.

Aunque algunos autores lo contradigan, los clérigos descienden de las hormigas; pues no hay dinero que no atrapen y lleven á su hormiguero.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y las buenas perseveren.

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODDRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

JOSE NAKENS

UNA FESTA

COSAS QUE HE DICHO

Con motivo del triunfo completo obtenido en varias poblaciones y del relativo alcanzado en otras en las últimas elecciones municipales, hay ya periódicos revolucionarios que creen posible ir á la República por ese camino.

Y nos hablan del importante papel que los municipios desempeñaron en nuestra historia, y de las Comunidades castellanas, y del poder incontrastable de una federación en que entraran todos, y de algo más que prueba lo bien que andamos de imaginación los republicanos.

Realmente es seductor el espejismo; los municipios copados por los republicanos,

¡Soñemos, alma, soñemos!

los concejales concertándose para decir ¡arriba! en un momento dado y... ¿quién duda que esto sería hermoso? Sólo tiene un pequeño inconveniente; que es imposible; entre otras cosas, porque en esta lucha triunfaría el clericalismo en tantos pueblos como nosotros; y en aquellos donde no triunfara por derecho, triunfaría por tabla, pues desgraciadamente hay muchos republicanos clericales; y nos encontraríamos con que, autónomos y triunfadores los municipios, no habría manera de oponerse á que cada uno hiciera lo que le acomodase en la cuestión religiosa, que es el caballo de batalla.

Aun mirada la cuestión desde este sólo punto de vista, sería un absurdo soñar en ir á la República por una federación de municipios.

De aquí mi eterna cantilena:

Primero, la República. Todo lo demás, después.—1905.

En causa que se les seguía por suponerles autores del robo de unas cuerdas tasadas en cinco céntimos, han sido absueltos dos muchachos de Monachil; pero el proceso ha costado al Estado cuarenta y cinco pesetas.

Si por robo de cinco céntimos queda el proceso cuarenta y cinco pesetas, ¿de dónde iba á sacar la nación dinero para costear los procesos que se formarían por las defraudaciones en Cuba y Filipinas cometidas durante la restauración, si, como es de suponer, salían absueltos sus autores?

Por eso, sin duda, no los incoan los restauradores.—1891.

El clero es causa de la guerra de Filipinas por sus rapacidades con los indígenas.

Se dice ahora que ha terminado la guerra y se celebra un *Te Deum*, que cobra el clero.

Repito lo de que el hombre ha naci-

do para el cura como la mosca para la araña.—1898.

Si efectivamente somos los más, ¿por qué nos dejamos avasallar por los menos? Y si los mejores, ¿cómo consentimos que los peores, y que se hallan además en minoría, dispongan de los destinos de la patria?

Urge acabar con las leyendas en el republicanismo. Envanecidos con la idea exagerada de nuestros méritos, aspiramos á que se nos conceda por gracia lo que debemos conquistar por deber, dando así lugar á que se nos trate como si fuéramos los menos y los peores.

Entremos, aunque sea poco á poco, en la realidad, y conseguiremos al fin que se nos considere, se nos respete, se confíe en nosotros, se nos ayude y se nos apoye, ya que no hemos logrado que se nos tema.

Pues repito que no son nuestras ideas el obstáculo para que triunfemos; somos nosotros.—1905.

El obispo de Tuy ha dicho en el pulpito que quedará resuelta la cuestión social el día que tengan fe los de arriba y los de abajo.

¡Quiá! Todo eso es música. Como quedaría resuelta, sería dando á cada trabajador de cinco á diez mil duros de renta y un palacio para vivir, como tiene ese obispo, sin más ocupación que la de no hacer nada útil ni provechoso.

Ensáyese, y se me dará la razón.—1895.

¿Qué beneficios presta á la humanidad un cronista de salones?

El de demostrar que hay seres intermedios entre el hombre y la mujer.—1889.

Cuatro zapateros que vivían en una misma calle de París pusieron muestras á las puertas de sus tiendas, en que decían:

El uno:

¡AL MEJOR ZAPATERO DE PARÍS!

El otro:

¡AL MEJOR ZAPATERO DE FRANCIA!

El tercero:

¡AL MEJOR ZAPATERO DEL MUNDO!

Y el último:

¡AL MEJOR ZAPATERO DE ESTA CALLE!

Esto vienen haciendo las fracciones republicanas. Cada una se anuncia como la mejor; pero viene otra y la deja tamañita.

No le falta á cada una sino parodiar lo de aquel tendero, que decía con la mejor buena fe en otro anuncio:

NO VAYÁS Á QUE OS ROBEN Á NINGÚN
OTRO ALMACÉN.

¡VENID Á ESTE!—1892

Trabajaron los clericales para que volviese Miguel Vigueras, vecino de Nonduermas, al seno del catolicismo, á cambio de un destino.

El hombre accedió por no tener pan, y ahora, no solamente no le dan el destino, si no que se burlan de él.

¡Oh infelices hambrientos que tenéis una pluma que vender al jesuitismo! Fluid la tentación de cantar la palinodia, porque os despreciarán después de haberos deshonrado.

Con el clericalismo no basta venderse; es preciso deshonorarse á diario.—1896.

Por dar gusto á *La Epoca*, que sin duda lo ha copiado para que corra, reproduzco lo siguiente:

«Últimamente ha salido (en París) una caricatura, y el Papa, vestido de tal, está, ¡vergüenza da el repetirlo! con cabeza de marrano...»

Y á pesar de eso, el sol sigue alumbrando la tierra.

¡Qué poca aprensión la del sol!—1884.

No desconfío de que la República se proclame en España algún día; de lo que dudo ya, es de verla yo.

Por los procedimientos corrientes, ya hemos visto que no puede venir: partidos, programas, comités, amenazas, mueras, vivas, mítins en abundancia, discursos elocuentísimos, adjetivos encomiásticos...

¡Ah! Y banquetes.

Y como esto lleva trazas de continuarse, pues cuando parece que amaina un poco, es para resurgir con más fuerza luego;

Y como yo no he de poder tirar ya muchos años de la carreta de la vida;

Por esto digo que dudo de llegar á verla.

Y á decir la verdad, lo siento.

No se pasa toda una vida halagando y defendiendo una idea, aquí tropiezo; allí caigo, acá me levanto, para no tener siquiera el consuelo de poder decirse en los últimos momentos:

«No he trabajado en balde.»—1895.

No nos subamos al trípode, queridos correligionarios, para tratar asuntos que sólo deben verse á la luz del sentido común; sobre todo, no usemos frases hechas, ni empleemos palabras altisonantes para expresar ideas sencillas.

¿Qué hemos procurado todos los republicanos desde que fué implantada la restauración? Ver si restaurábamos la República. Los que hemos acertado en algo, como los que se han equivocado en todo, eso queríamos.

¿Hemos traído la República? No. ¿Por qué entonces, convencidos de nuestra torpeza, nuestra ineptitud ó nuestra falta de medios para conseguirlo, no hemos de variar de rumbo?

De aquí mi empeño en que, dejándonos de frases huecas, entre ellas las de

«somos los más y los mejores», procuramos con actos de seriedad y energía, palabras que no sólo son compatibles, sino que se complementan, atraernos al Ejército, sin el cual nos es imposible hoy hacer nada, en vez de alejarlo de nosotros con programas que no le dan lo que merece, con halagos á sus enemigos, con ofrecimientos que le ofenden...

Hay que tener esto bien entendido: Mientras no logremos que el Pueblo y el Ejército se comprendan, se compen-tren y se confundan en la aspiración de salvar la patria, ya podemos escribir, charlar, manifestarnos y votar. Tiempo perdido.

Por justicia, tanto como por interés propio, hay que considerar á la clase esa como la base de nuestra regeneración y engrandecimiento. Y todo lo que esto no sea, será trabajar contra la venida de la República.—1905.

En Viena han sido condenados á trabajos forzados y otras penas dos jueces y dos escribanos que dieron á unos acusados tormento para que declarasen en determinado sentido.

¡Y le llaman á Austria país civilizado! Que vengan aquí los austriacos, y se convencerán de que es la más civilizada España, donde, para eso de aplicar tormentos, es cada ciudad un Montjuich.—1899.

El pueblo de Villarreal, según el carlista Klauder, debiera llamarse Villasantia.

Y resulta que ese pueblo carlista, predestinado á la canonización, es el que más contingente da á los presidios por robos y asesinatos.

Recuerdo aquella devota que, tratando de convencer á su marido de que debía ser cofrade, al responder que preferiría ser cornudo, le objetaba diciendo: «¿hazle cofrade, que no quita lo cornudo á lo cornudo».—1891.

¿Dice usted, ciudadano de Requena, que en una procesión ha visto con su correspondiente medallita al cuello á dos masones y dos federales *soi disant*?

¿Y eso le coje á usted de susto? ¿No sabe que hay quien lo mismo va á la logia que á la sacristía?

Hay muchos avanzados que observan el siguiente método de vida:

Por las mañanas acuden santamente á la parroquia, y por las tardes al club, y por la noche á la logia.—1893.

No he sido nunca anarquista, ni socialista siquiera; pero si el anarquismo consiste únicamente en demoler lo viejo, lo podrido, lo injusto, podría aspirar yo con justicia al título de primer anarquista en España; todos juntos no han hecho hasta ahora más labor que yo solo en tal sentido.

Me he pasado la vida trabajando por

el bienestar del pueblo, pero del que sufre hoy en el planeta, no del que está todavía en los limbos del no ser.

Se necesitan una virtud y una abnegación de que carezco para preocuparse de lo que pueda ocurrirles á los hombres dentro de uno, diez, veinte siglos. ¡Si casi no me preocupo de mis probables nietos!

Admiro á los que hacen lo contrario, pero no me avengo á imitarlos.—1897.

Un cazador de los Estados Unidos ha establecido en las orillas del Missisipi un criadero de cocodrilos, del cual obtuvo el año pasado 500 pieles.

Aquí lo ha establecido la monarquía de contribuyentes, pero no le ha resultado negocio, porque les va arrancando la piel á tiras.—1883.

El Fénix cree que el mejor criterio para combatir el restablecimiento del registro civil, es el que emplearon sus amigos los carlistas en algunas provincias, desde 1871 á 1875: quemar los libros.

Y yo creo á mi vez que el mejor argumento contra los frailes, es el que se adujo en 1834 y 35.

Cada loco con su tema.—1831.

Dado el valor actual de la plata, el duro español vale sólo catorce reales y medio escasos.

Consolémonos pensando que los desfalcos descubiertos no alcanzan realmente la enorme cifra que creemos, pues hay que descontar seis reales y pico de cada duro robado.—1887.

Un amigo me pide que deje el estilo irónico ó chancero que empleo á lo mejor al tratar de política.

Siento no poder complacerle; es la válvula que pongo á la indignación que me producen á ratos las miserias que veo.

Y como la indignación impotente es ridícula, y los Isaias siempre irritados, es decir, sus caricaturas, hacen reir, huyo de imitarlos.

Según el santo deben de ser las cortinas, y en realidad hay pocos señores de los consagrados que merezcan ser discutidos en serio.

Esto aparte de que, fijándose un poco, se advertirá que nunca escribo más en serio que cuando escribo en broma.—1905.

Un licenciado de Cuba se suicidó el jueves dentro de un coche en la Puerta del Sol.

Cumplió su misión en la tierra: trabajar para otros, batirse para elevar á algunos, y pegarse un tiro para no morir de hambre.—1882.

Dice un periódico conservador:

«Según parece, el gobierno accede á la petición del exbrigadier Villacampa

y lo destina á otro presidio más confortable.

Es lástima que no se haya comprado aún el palacio de Anglada, porque amueblándolo de nuevo, podría servir para el caso.»

Y ganaría con albergar á Villacampa la honra que perdería habiéndolo cualquier conservador.—1887.

Se ensaya en el teatro de Rivas un baile fantástico titulado *La llave de oro*.

Si está basado en el libro de este título escrito por el padre Claret, no vayáis ¡oh mujeres! á verlo; ni aún aquellas que ejercéis la industria del deshonor. Saldríais escandalizadas.—1889.

Echa de menos un periódico monárquico muchas cosas que había en las procesiones del Corpus á principio del siglo:

«Aquellas compactas comunidades de frailes; las cofradías sinnúmero; el lujo de la corte; el concurso de las corporaciones del Estado; los penitentes; los ministros y familiares de la Inquisición; la grandeza de España y los títulos de Castilla formando en el cortejo, todo ha desaparecido.»

Yo echo de menos á los hombres que acabaron con todo aquello; y por uno solo daría todos los acomodamientos, sedudos y diplomáticos que hoy se usan en los partidos liberales y en el republicano.—1892.

En poco tiempo han sido vendidas 70.000 fincas á labradores *pobres, por no haber podido pagar la contribución*.

Por la teoría de la evolución, que defienden algunos republicanos, se han convertido estos labradores en mendigos, y llegarán pronto á inquilinos de la fosa común.—1886.

En una de las calles más céntricas de la Habana, y á las cinco de la tarde, fué asaltado y robado un caballero que iba en un coche de alquiler, por tres ladrones que también iban en coche.

¡Lo que puede el ejemplo! Desde que han visto en carretela de lujo á los ladrones *ilustres*, los callejeros se han creído deshonrados robando á pie.—1883.

Frasco Antonio y otro bandido han sido muertos por la Guardia civil en la provincia de Málaga.

Me fijaré en los conservadores que se pongan ahora gasa en el sombrero.—1887.

Dos mil candidatos hay ya para la diputación á Cortes, y eso que las actuales no se han disuelto.

¡Qué suerte para el país, si hubiese entre todos ellos siquiera media docena de hombres!—1886.

JOSÉ NAKENS

Las "Hojitas piadosas" en Tarrasa

En Montserrat. — Misa por la prosperidad de «El Motin». — De Ministrol á Tarrasa. — Las «Hojitas». — El requeté en acción. — Inuitos, palos y otras demasías. — Un jefe misterioso del requeté. — Bandos y alocuciones del Prelado.

Invitado por nuestro amigo Pey Ordeix á una excursión por la comarca de Manresa, salimos el domingo hacia Montserrat para caer por la noche en San Vicente de Castellet, en donde estaba anunciada una conferencia.

La nota más saliente del viaje para los piadosos lectores de EL MOTIN fué la idea que tuvo la esposa de nuestro amigo de encargar á los benditos frailes una misa «á la intención de su marido», ó sea para la prosperidad de EL MOTIN, propagación de sus sanas doctrinas, exterminio de la Iglesia y sancionamiento de España. Estas piadosas intenciones se las pedirán en latín y cantando al Padre Eterno los frailes benedictinos y comulgarán devotamente haciendo votos por la consecución de tan santa obra.

Allí Pey Ordeix nos explicó los malos pasos del cojo de Loyola, la picardía que hizo á los frailes de apoderarse de los Ejercicios Espirituales las batallas intestinas de los Padres sobre tiquismiquis de la casa, y su conversión al anticlericalismo verificada en el camarín.

En Ministrol nos esperaba un grupo de amigos que debía acompañarnos á San Vicente, á donde se habían dado cita las comisiones de los pueblos de la comarca. Uno de ellos díjome á leer *El Libertador* de Barcelona, llamándome la atención sobre los dos alarmantes artículos de Angeles L. de Ayala y de Cristóbal Litrá:

En el suyo dice Doña Angelés:

«Un suceso gravísimo ha tenido lugar, precisamente en una de las poblaciones más cultas de Cataluña, en la liberal y laboriosa Tarrasa.

«Y lo peor del caso es que no podemos relatarlo, porque caeríamos de lleno dentro de una ley especialísima, temor que en estos momentos anula nuestra garganta y paraliza nuestra pluma, pues que la causa de la libertad necesita de gente que no estén encadenados, ya que las prisiones imposibilitan á los luchadores, y es preciso luchar sin descanso y con energía infinita, para regularizar la vida de la nación, concluyendo con las anomalías que la perturban y amenazan.

«Sin embargo, y en la imposibilidad de explicarnos más claramente, nos concretaremos á rogar á las autoridades superiores de la provincia, que indaguen lo que ocurrió el día 15 del presente mes en la Plaza Mayor de la población de referencia, con motivo de repartir algunos radicales las ya célebres *Hojitas piadosas* de D. José Nakens. Pues se cuenta que hubo un requeté al que cierta personalidad (cuya condición social debe averiguarse el Sr. Gobernador) ordenó hacer fuego contra el pueblo, cosa que evitó la presencia de la guardia civil, interponiéndose oportunamente entre agredidos y agresores y librando á Tarrasa de un día de luto, ocasionado por quien menos llamado estaba á producirlo.

«Y no podemos ser más explícitos, porque si bien poseemos un detallado escrito de nuestro corresponsal respecto á lo acaecido en Tarrasa, no queremos publicarlo, porque apreciámos mucho á nuestro buen amigo, y sabemos que hay verdades que, aún confirmadas por numerosísimos testigos no pueden hacerse públicas, so pena de aceptar las consecuen-

cias, casi siempre fatales, que sobrevienen á los que á tanto se aventuran.

«Que el presente artículo es en extremo misterioso?... Ya lo sabemos, pero... ¡el buen entendedor pocas palabras le bastan...»

En el suyo, dice el señor Litrá:

«Los clericales de Tarrasa, imitando á los de otras muchas partes, han arremetido por lo valiente contra los que, en uso de su perfectísimo derecho de utilizar medios lícitos de propaganda, repartían por las calles *Hojitas Piadosas*, última creación del infatigable y abnegado Nakens.

La coacción no se limita á la brutal arremetida de los ucos, que parecen dispuestos á correr la pólvora cuando se reúnen en manada; bujo mano y valiéndose de todas las malas artes en las que son maestros consumados, tratan de lograr que las autoridades, infringiendo de modo manifiesto la ley, prohíban la circulación y distribución de las *Hojitas Piadosas* marca Nakens, que á los clericales les han levantado ampollas como calabazas.

Es una enormidad lo que esos señores, acostumbrados á vivir al amparo de todos los privilegios pretenden; pero por el encontrarse en autoridades tan complacientes que faltaran por darles gusto á su deber de hacer respetar y cumplir las leyes, debemos estar prevenidos y salir resueltamente en defensa de la libertad para todos.

Si agotados los medios legales no nos fuera posible impedir la violación del derecho que la complacencia con los neos implicaría, hemos de llegar en defensa de nuestra libertad, ya que la queremos para todos, á no concedérsela á los que la quieren tan solo para sí.»

Aun tratándose de otros hechos, merecería la pena de hacer una información de lo ocurrido en Tarrasa: mucho más tratándose de hechos que concierne á las inocentes y purísimas *Hojitas Piadosas*.

Por ello recibí encargo de nuestro compañero de renunciar á la romería montañesa que teníamos proyectada á la Santa Cueva de Manresa, y he venido á esta ciudad.

Y los hechos, deducidos de informes los más seguros y cabales, son como siguen:

El día 8 de este mes se inauguró en esta ciudad la bienhechora propaganda de convertir católicos, mediante la distribución de las sanas, santas y salutíferas *Hojitas*, que con ejemplar celo se reparten en varios pueblos de la comarca, con el consabido fruto espiritual y con la consiguiente corajina de los celosos firmantes de la nómina del presupuesto eclesiástico.

La distribución de este manjar espiritual se hacía á las puertas de la Iglesia, á la entrada y salida de los devotos. Muchos de ellos recibían con agradecimiento la preciosa dádiva; otros, en cambio, acordándose de aquel consejo evangélico: *no des margaritas á los puercos* las rechazaban desconociendo su precioso valor, ó las rasgaban sacrilega é impiamente, cometiendo aquel pecado que Santo Tomás enumera entre los pecados contra el Espíritu Santo, de desconocer adrede la verdad para poder continuar tranquilos en el error.

Entre los rasgadores de *hojitas* distinguióse por su actividad un aspirante á santo, virgen y mártir, llamado en su vida mortal Ramón Parés, viajante de escapularios, cilicios, medallas y demás futezas piadosas, si no mienten mis barruntos, y viajante de la casa Marcet, cuyo principal sería digno de recomendación si no tuviese el mal gusto de ser clerical furibundo, y que por ser archiericlerical, intimidó recien-

temente á un obrero de su fábrica por haber asistido al entierro civil del señor de Torrella, el cual, obsesionado por la idea del odio del amo, apeló al suicidio, buscando entre las lombrices y topes del cementerio la caridad, igualdad y fraternidad que no halló entre los hijos del Papa.

Este señor Ramón Parés, cuyo nombre deben anotar nuestros amigos y correligionarios de provincias, con el sano fin de pagarle religiosamente sus servicios, es, al parecer, el autor del requeté que en Tarrasa, como en todas partes, se está educando para armar la facción homicida y fratricida.

Cruzáronse entre defensores y adversarios de las *Hojitas*, primero algunas palabras y luego algunos estacazos, que dejaron contuso á uno de nuestros amigos.

El periodicucho clerical de la localidad, sabiéndole á poco la contusión, salió muy orondo provocando á los anticlericales tarrasenses á probar el gusto de las estacas carlistas con el reparto de nuevas *Hojitas*.

El domingo siguiente, 15 de Enero, acudieron á la invitación numerosos amigos y enemigos. En la plaza de la parroquia bullían en hervor unos 500 personas.

El capitán Araña Parés brilló por su ausencia; pero sucedióle en el cargo de comandante visible del inconsciente *Requeté*, un tal Corrons, de quien me afirman que es un entusiasta propagador del famoso folleto del jesuita Vilariño contra los militares liberales.

A las primeras frases de cambio, el bravo señor Corrons sacó un revólver amenazando al entusiasta repartidor José Berenguer Ruca, enfundando el arma en vista de la actitud de los adversarios.

Animado seguramente por tal ejemplo, hizo además de sacar su respectivo Cristo de siete palabras y otros tantos tiros, otro bravo congregante, llamado Marcos Humet y Cortés. Iba á lanzarse sobre él un hermano del amenazado, cuando cayó sobre su pechuga una piedra llovida del cielo, que algunos atribuyen á San Pedro y otros á Santa Bárbara. La piedra será utilizada para gravar en ella esta inscripción evangélica: *quien á hierro mata á hierro muere*.

Al ver tamaña pedrada y sin comprender que era un aviso del cielo, el piadoso Corrons sintióse el Judas Macabroni ó Macabeo que trataba de resucitar el obispo de Santander, y blandiendo nuevamente el revólver, arrojó á las turbas facciosas al grito de: *¡arriba, á ellos!* Veníanse á las manos ambos ejércitos cuando cayó sobre ambos la Guardia civil, poniendo orden en aquel campo de Agramante, acorralando á Corrons, desarmándole, y practicando otras operaciones que han dado por resultado la práctica de ciertas diligencias judiciales y la prisión preventiva de dos revólvers.

Renació la paz en la ciudad, preparándose el nuevo choque para el domingo último (ayer).

Tal mal debieron parar las cosas, que el alcalde hizo publicar el siguiente Bando:

«Don José García Humet, Alcalde Constitucional de esta capital.

Hago saber: Que vistos los disturbios que se han venido sucediendo en los pasados

días festivos con motivo del reparto de determinadas hojas, dando con ello un deplorable espectáculo que desdice de la civilidad y cordura ingénitas en este morigerado vecindario, y estando firmemente resuelto á evitar que en lo sucesivo se repita ó dé margen á un conflicto de orden público, vengo en disponer:

1.º Queda prohibido en absoluto el reparto de las aludidas hojas, ó de otras análogas, cualquiera que sea su tendencia política ó religiosa, á menor distancia de cien metros de las puertas de cualquiera de los Templos.

2.º Queda prohibido asimismo formar grupos que interrumpen el paso de los viandantes ni hacer manifestación alguna en la vía pública sin previo permiso de esta Alcaldía.

3.º Los agentes de mi Autoridad, secundados, si preciso fuere, por la fuerza pública, quedan encargados de hacer cumplir las anteriores disposiciones, de incautarse de toda clase de armas é instrumentos ofensivos y defensivos de que vayan provistos los viandantes y de evitar á toda costa que se perturbe la tranquilidad, sea cualquiera el pretexto con que se haga.

De la sencillez, espíritu de tolerancia y cordialidad mutua que debe reinar entre los vecinos de toda población culta, espera esta Alcaldía que sus conciudadanos no la obligarán á la adopción de otras medidas extremas; pero á la par previene que se halla dispuesta á entregar á los Tribunales de Justicia á los contraventores y á reprimir inflexiblemente cualquier intento de alteración del orden que con uno ú otro pretexto se produjera.

Tarrasa 20 de Enero de 1911.—José García Humet.

Por su parte el párroco dirigió al ejército macabeo y macarroni otra alocución pedestre y chavacana.

En estas circunstancias llegó el domingo 22. Cumpliendo escrupulosamente lo prescrito en el Bando, los jóvenes repartidores salieron con el metro de medir á medir los cien metros del *coto clerical*. La Guardia civil tomó militarmente las avenidas de la plaza de la iglesia, prohibiendo los grupos y el estacionamiento de gentes. Repartieron en paz y gracia de Dios las *Hojitas* en los bordes del coto vedado, dispersóse el público y por la tarde celebráronse magníficamente dos actos cíviles, inscribiendo en el Registro á dos niñas, que quedaron llamadas *Electra* y *Cassandra*.

Tales son los hechos ocurridos. Los amigos de Tarrasa deben repasar el Código Penal, en el cual hallarán definido el delito del que impide á un ciudadano el ejercicio del derecho de repartir las Pladolas *Hojitas*; y si ese impedimento se verificase con amenazas y saques de armas, el delito anterior quedaría agravado por estas *amenazas de muerte*, lo cual que da lugar á un proceso criminal que el juzgado ha de perseguir de oficio.

Si las amenazas las hiciese una persona constituida en autoridad, añadiríase á lo anterior la agravante del *atropello*; y si las hace un periódico carecunda, da lo mismo que si las hiciese un canalla cualquiera.

Pasado este primer hervor, es de esperar que el alcalde de Tarrasa haga respetar el derecho de repartir nuestras *Hojitas*, perfectamente legales, en el sitio que crean más adecuado, *imponiendo por la fuerza* si es preciso ese respeto á los neños clericales que no saben lo que hacen. Ellos podrán rasgarlas si quieren, ó utilizarlas para objeto más

secreto; nadie debe molestarles en el ejercicio de *tal derecho* rabiosillo, y deben saberlo bien los nuestros también.

Y no sólo fuera de la Iglesia: el señor Nakens está preparando una serie de *Hojitas Santas* que podrán repartirse legalmente dentro de las iglesias, mientras el párroco respectivo no lo prohiba expresamente.

De la alocución del párroco providencial de Tarrasa, sólo debemos decir, que la misma señora Providencia, que le ha puesto á él para vivir en vida demasiado tranquila y pacífica, ha puesto á los otros en el caso de luchar por tranquilizar un poquito más la suya intranquila y *miserable* por delante y por detrás.

R. MATOL

Tarrasa. 29 Enero 1911.

El que muestre las faltas
de nuestros curas
y les dé unas palizas
que me los hunda,
tenga por cierto
que ya está en buen camino
para ir al cielo.



VISTO Y OIDO

Es muy curioso contemplar á los niños, porque en sus actos es donde más francamente aparece el natural humano. Observando á los pequeños, se descubre lo que seríamos los grandes si no nos hiciera hipócritas la educación. Estad atentos cuando veáis dos niños frente á frente y uno de ellos tenga en la mano un trozo de bizcocho. Jamás notaréis que sea instintivo en el poseedor del bollo partirlo con el que nada tiene. Sucede, por el contrario, que el desprovisto de alimento tiende la mano hacia la golosina de su compañero, pero éste, con un mohín de defensa, se aparta del pedigüño y se come el bizcocho. Cumple al obrar así las leyes naturales de su conservación y egoísmo y no se preocupa de que «partir el pan con su semejante» es una máxima que luego ha de aprender, pero que ahora contraría su naturaleza. En la infancia somos los hombres más sinceros que morales. Al educarnos perdemos esa sinceridad, nos hacemos esclavos de una moral que no se funda en la naturaleza y nos creemos mejores cuando somos más hipócritas.

Oigo á muchas gentes defender la teoría de que todos los hombres del mundo debían constituir una gran familia. Difícil me parece la realización de esa idea, cuando hoy lo que sucede con frecuencia es que los individuos de

una misma familia no se pueden ver los unos á los otros.

Conozco una señora de mucha edad que se obstina en aparecer joven. Siempre que la veo pienso en que ya no existen aquellas ancianas agradables que, sin disimular sus años, conseguían atraernos con la dulzura de su trato, aconsejándonos con su discreta experiencia y entreteniendo nuestra curiosidad con sabrosos cuentos y galantes historias. Tenían las viejas de entonces el encanto que todas las ruinas poseen. Dábalas el tiempo autoridad y grandeza y había en ellas cierto misterio que seducía. Hoy, las mujeres entienden las cosas de otro modo. Apresúranse á cubrir con el revoco y la pintura las ruinas de su belleza y muestran esa falta de lozanía que tiene todo lo restaurado. Ignoro qué se proponen al no abdicar el cetro de la juventud aunque en sus manos se apolille. No consiguen así para ellas ni amor ni respeto. ¡Cómo amarlas, si el sexo huyó!... ¡Cómo respetar sus canas, si se las tiñen!...

Hablando de la ley del descanso dominical, me ha dicho un zapatero que las leyes se parecen á las botas, en que de nuevas molestan. Y pudo añadir que, nuevas ó viejas, si son estrechas, nunca las llevara á gusto el parroquiano.

Me da alegría ver comer á los obreros en la calle, porque siquiera en sus mesas no se ven esos frascos de medicinas que acompañan siempre á los manjares de los ricos. No será la salud del pobre mejor que la del potentado, pero es menos ridículo un obrero que come al sol que un propietario que almuerza entre específicos.

Ponderaba mi maestro la sabiduría de la naturaleza al dotar á muchos animales de poderosos medios de defensa. Sorprendente es, en efecto, el instinto de la jibia al verter su tinta para enturbiar el agua y huir de sus perseguidores enemigos, pero á mí me parece que más sabia hubiera sido la naturaleza disponiendo las cosas de modo que no fuera necesario que los seres se atacaran los unos á los otros. Esa eterna persecución, esa encarnizada lucha entre los animales, indica que la naturaleza es pobre para sostener á todos sus hijos, é ignorante, pues no ha sabido regular las leyes de reproducción en armonía con los medios de vida.

LUIS DE TAPIA

Muerte de una religión

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la Iglesia se le vendría encima. Era del sí-

glo ósciscia, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. El campanario se había reparado cuarenta años antes. Pero los tejados, las armaduras medio comidas ya, cedían, y nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidable. Beauclair se negaba a contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que el sacerdote Marle, reducido a sus propios recursos, se puso en campaña personalmente. Pero fué en vano; los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar a la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refugió entonces en la letra estricta del dogma para no conceder nada a las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecería el dogma, el reino de Dios volvía a la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la Iglesia católica desaparecería a su voz, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confesionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles, y el sacerdote, al decir misa cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte seguir su curso, llegar al final natural de todo, y seguía diciendo su misa, esperando, héroe de la fe, sólo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crujía sobre el altar.

Una mañana notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo a celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte, con su nariz aguileña, aún se mantenía tieso y firme a pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba a misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los álemanes consagrados, como si una apretada multitud le viese, dócil a su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes a esas sillas de jardín negras de moho, olvidadas por el invierno bajo la lluvia. Brotaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal, medio desquiciada también, dejaba libre la entrada a los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que tomaba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran

Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio, oyó un estallido más fuerte: polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco: pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote, reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso todo el alma en suplicar a Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba a volver a su juventud vigorosa, los fuertes pilares sostenían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta; bastaba la omnipotencia divina; renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrojados cantarían el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas a vuelo. ¡Oh Dios de Soberanía y de eternidad; reconstituid con un ademán vuestra casa augusta; sólo vos podéis volver a levantarla, llenarla de vuestros adoradores reconquistados, si si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando a su soberano Señor a morir con él, si había llegado el fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techo en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudió, osciló; el campanario se desmoronó a su vez, acabando por aplastar la nave y arrasando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un montón enorme de escombros en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marle, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto: el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

EMILIO ZOLA



Escándalo

El día 19 del pasado, a las siete de la tarde, y durante la novena de Jesús, hubo un gran escándalo en la iglesia parroquial de Cudillero (Asturias).

El coadjutor invitó desde el púlpito a las cofradías y a los niños de las escuelas a que saliesen a recibir al siguiente día al nuevo párroco.

Muchos feligreses, que creen que el

pueblo de Cudillero tiene derecho a la presentación del cura desde el año 1566, protestaron ruidosamente del nombramiento de párroco, hecho por el obispo.

La gritería que se armó fué infernal, y se cruzaron insultos é improprios sin cuento.

El coadjutor, exasperado, dijo desde el púlpito:

—Soy hijo de militar y nadie me asusta. El que quiera algo que salga a la calle, ¡cobardes!

La novena terminó en medio de un tumulto espantoso. Muchos vecinos se safiaron al coadjutor.

Y hasta otro escándalo.

Si se ha marchado el cura
no busquéis otro,
mirad que cuesta mucho
domar a un potro.
Los de corona,
si resultan bravios,
ni Dios los doma.

¿Por qué se odia al fraile?

Las aversiones y los amores populares nunca fueron gratuitos ó injustificados. No es posible el aborrecimiento sin una causa: el ser humano no es tan perverso, porque no puede serlo. ¿Que se equivoca? Particularmente sí; en multitud ya es más difícil.

El odio al monacal es tan antiguo como el monaquismo: es natural, es humano, es lógico; ¿lo diremos?, es cristiano.

Los primeros que aborrecieron al monje fueron los sacerdotes, porque pretendían aparecer más perfecto que el sacerdocio y ejercer su ministerio a título de una perfección extraordinaria, que es imposible en sociedades reglamentadas.

Le aborrecieron muy pronto las familias porque era su negación; el convento despreciaba, denigraba y escarnecía el hogar, eso sí, cuidando mucho de llevarse sus riquezas.

Le aborrecieron los pobres, porque el fraile era, y es, y no puede ser otra cosa, que mendigo, pero... privilegiado; sin privilegios el fraile no puede existir, y el privilegio es odioso. Mendiga el fraile al amparo de la ley; el pobre mendigaba bajo el peso de ella. El fraile recoge frutos selectos, y luego, como una burla, da las sobras; pero, ¿de qué modo!

Los modernos no tenemos idea de lo que es una sopa conventual. Todas las sobras revueltas, los huesos, las cascarras, las piltrafas mezcladas con los mendrugos, los canteros de pan y las cortezas. Con aquel reboltijo se cargaba una caldera, a la que se ponía gran cantidad de agua, según la concurrencia de pobres. Un hervor, y a repartir aquello que ni los cerdos lo querían.

El reparto era otra ignominia. A la puerta del convento, ó en el patio de éste, se formaban los pobres en silencio. Un lego sucio y grasiento los hacía rezar; luego, con un cazo que metía en la caldera, iba echando la bazofia inmundada en escudillas, pucheros, tarros ó botes que llevaban los menesterosos, y otro lego entregaba a cada uno un mendrugo con las señales de los dientes del fraile que lo había desechado.

Concluido el reparto, otra vez a rezar, y ¡largos! a la calle! En ella cada pobre comentaba si le había tocado más caldo que huesos, más mendrugos que piltrafas. No se permitía beber agua en el patio; no había cucharas, ni mesas, ni manteles. El padre Ferrándiz, que ha visto dar la bazofia en la Trapa durante diez meses, nos ha descrito la escena; era la misma, la que también había presenciado durante su niñez en las Escuelas Pías, y luego, ya hombre, la puso tan

en ridículo en cierto trabajo periodístico, que los escolapios suprimieron la famosa *guilapa*.

Necesario es un espíritu de crueldad y de menosprecio anticristiano contra el pobre, para tratarlo así los mismos que le han cerrado el paso a la mansión del rico, de donde arte y miente se llevaron las limosnas que éste destinaba al menesteroso. Y necesaria es una gran miseria y abyección en el pueblo, un pauperismo desolador, para agnatar aquel insulto a la miseria. Porque sólo iban a la sopa los pobres vergonzosos, incapaces de mendigar, y los que no alcanzaban una limosna, la más pequeña.

Calcúlese el número de conventos en los siglos más prósperos para la frailería, asígnese a cada convento un centenar de sopistas, y resultará que en cada población casi la mitad de ella vivía en la más atroz miseria, mientras el fraile reventaba de gordo y arrojaba sus sobras para que la multitud hambrienta no se desesperara y en su furor diera buena cuenta de todos aquellos gaudules. Pero el odio existía y se transmitía de generación en generación, como era muy justo.

Aborrecieron al fraile los estadistas y los patriotas, porque no tenía él patria, ni rey, ni ley. Los comentaristas del Concilio de Trento declararon descaradamente que si la Santa Sede había fomentado el monacato, colmándolo de privilegios, debíase a que le constaba que los religiosos carecían de sentimiento patrio, y por esto eran mejores y más fieles soldados del Papa que los clérigos. Esta declaración de Paravicini puso en guardia a todos los Estados.

Las masas de contribuyentes aborrecieron al fraile, porque no tributaba y encima obtenía privilegios tan irritantes como el de que toda casa edificada junto a un monasterio no se alzara más que él, a fin de que los habitantes no pudieran observar su interior. El fraile, además, ha sido siempre un gran contrabandista y ha defendido el fraude y la resistencia a pagar impuestos.

Citaremos, entre miles de autores frailes, a Martín de la Torre, que en sus *Consultas*, pág. 418, sostiene que no hay obligación de pagar tributo al Estado, sino el diezmo a la Iglesia, aunque los tributos sean justos, ni es un deber la restitución de lo defraudado al fisco.

Los aborrecieron los industriales, porque les hicieron ruda competencia en cuanto pudieron; y los aborrece toda alma cristiana ilustrada, porque sabe que Jesucristo no estableció monacato alguno, ni votos, ni hábitos, pues la vida cristiana es social y de familia, no de faldistorio.

Esos odios reconcentrados largo tiempo en las determinantes de las escisiones populares. El año 94, los que tomaron parte en la venganza popular, ¿quienes fueron? El padre de la hija raptada o atormentada en el convento, el heredero desposeído, el industrial perjudicado, el marido cuyo honor deshonró un fraile, el padre del hijo natrizado en la escuela de un convento, el obrero cuya amada le arrebató el fraile pesa mozas para surtir de carne blanca los hogares de Cristo: esos fueron, porque sólo el diablo puede hacer tales milagros.

Dicen los neos que las sectas predicaron a aversión al religioso. ¿Cómo? ¿Por qué? Hay clases enteras de la sociedad que han abusado mucho y jamás una multitud se ha unido contra ellas. Mil sectas poderosas unidas, ó con dinero, con elocuencia y arte no lograrán hacer aborrecible a nadie el cuerpo de abogados, el de jueces, la banca, el comercio, la aristocracia; menos aún cualquier gremio, ó los católicos y los maestros, cuando no se escribió durante siglos contra los curiales y escribanos?

Nada entonces se atrevió escritor alguno estadista ó político a decir contra la Inquisición y los frailes; al contrario; todo era logio que dictaba el interés ó el miedo, como después hizo notar Llorente.

Sin embargo, en cuanto el pueblo pudo aspirar, lo primero que hizo fué ir contra la Inquisición, luego a castigar y destruir el fraile, dejando intacto al clérigo secular, hace poco lo veíamos en Francia, y última-

mente lo hemos visto en Portugal, donde el clero mismo no sabe cómo agradecer a la República la proscripción del fraile.

¿Quién, pues, sostendrá que se le odia por gusto de odiarle? Quien tal diga calumnia a los pueblos y a la humanidad toda. ¿Se quiere una prueba? La dará el fraile mismo. Raspad al agustino, y saldrá el enemigo del jesuita y del dominico; en el jesuita, el enemigo del escolapio y del paúl; y así en cada orden; un foco de odio contra las otras; reunid las descripciones y retratos que de las demás hace cada una, y tendréis el monacato entero y desnudo.

Retratado por sí mismo, resultará que él se odia más que le odiamos todos; y... ¿para qué hacen falta más demostraciones?



Apólogo

Sucedió en cierta ocasión que un burro de tomo y lomo apareció, no sé cómo, rebuznando en un balcón.

La gente que contemplaba al asno, se sorprendía, y a milagro atribuía el verlo donde se hallaba.

Pero un hombre de experiencia y de conceptos cabales, que estudia a los animales en el libro de la Ciencia,

dijo al pueblo: «Criaturas, no sorprenderse es prudente, porque hoy es cosa corriente ver asnos en las alturas.

Que ¿cómo suben? No sé; pero por lo que discuro, le tocó el turno a este burro para estar donde se ve.

Cuando en la tierra nat'va reina el ocio y no el trabajo, verás los sabios... abajo y los borricos... arriba.

PLU: B

La ferocidad de la Iglesia

Se dice y se repite como un axioma, que la religión ha dulcificado la ferocidad de las guerras. Los anales del siglo XVI desmienten en todas sus páginas esta glorificación del cristianismo. Matar, violar, saquear, no son seguramente virtudes cristianas; pero parece que el crimen se convierte en un acto de piedad cuando las víctimas son herejes.

Un papa no se avergonzó de dirigir una carta a Montluc, aquel querido hijo en Jesucristo que tan bien sabía colgar los hugonotes. Pío IV dice que ha sabido por informe de un cardenal «con qué celo defendía Montluc la causa de la religión católica, y con qué cuidado pro-

curaba restablecer la observancia de la fe cristiana en su primer estado».

El vicario de Cristo, alaba al verdugo de los hugonotes «por su gran virtud y piedad». Asegura á aquel digno discípulo de Cristo «que no le faltará el favor eterno de Dios, puesto que tan gloriosamente defiende su buena causa».

Comparémos con estas alabanzas prodigadas á un hombre sanguinario la narración de un contemporáneo.

«La crueldad llegó á ser muy grande, sin perdonar sexo ni edad, hasta matar á los niños pequeños en los brazos de sus madres, y en seguida á éstas.»

Pero no debe olvidarse la violencia de los dos jefes, ya viejos; el uno de ellos fué tan infame que quiso tener dos mujeres jóvenes en su parte de botín; y en cuanto á Montluc se condujo como un gaulés.

¡Juzgue el lector de la moralidad del soberano pontífice, órgano infalible de la verdad absoluta!

Sin embargo, Pío IV no era un hombre cruel, era un *bon vivant*. Por esto mismo es más notable su carta á Montluc; no es un hombre que habla y se extravía; es el pontificado que, en lugar de moralizar los pueblos, les da lecciones de crueldad.

No hay que dudarle: un papa canonizado nos dirá la enseñanza que los hombres de guerra recibían de Roma. Pío V envió un pequeño ejército en auxilio de los católicos de Francia, y dió al general orden de no hacer ningún prisionero hugonote, de matar en el acto cuantos cayesen en sus manos.

El duque de Anjou derrotó á los hugonotes en Jarnac. Compienderíamos la alegría del Papa al recibir la noticia; pero apenas cabe la alegría en aquella alma feroz; no tiene más que un temor: el de que el vencedor sea indulgente. Pío V escribe á Carlos IX:

Ninguna consideración humana, ni respeto de las personas ni de las cosas, debe inducirte á perdonar á los enemigos de Dios. que nunca te han perdonado á tí; porque no conseguirás aplacar la cólera de Dios sino vengándote con el mayor rigor de los malvados que le han ofendido. Tenga siempre Tu Majestad delante de los ojos el ejemplo de Saul; Dios le había mandado, por medio del profeta Samuel, que combatiése á los Amalecitas, pueblo infiel, y que no perdonase á ninguno. Saul no obedeció la voz de Dios, perdonó al rey, y guardó lo más precioso que tenían los vencidos; por esto, poco tiempo después, se vió privado del trono y de la vida. Con este ejemplo ha querido Dios advertir y los reyes, que al descuidar el vengar las injurias que se le hacen, provocan su cólera y su indignación contra sí mismos.

Habiendo sabido Pío V que los vengadores de los hugonotes querían perdonar á algunos prisioneros y dejarlos en libertad, se apresuró á escribir á la reina madre estas espantosas palabras:

Os ruego que esto no suceda; no per-

donde ningún esfuerzo, ningún cuidado para que esos hombres execrables PEREZCAN EN LOS SUPPLICIOS QUE MERECEN.

Este consejo sanguinario, dirigido á Catalina de Médicis, va, como siempre, apoyado en la palabra de Dios.

El temor de que los católicos se mostrasen indulgentes con los vencidos era como una pesadilla para el santo padre. Escribe al duque de Anjou para recordarle los crímenes de los herejes; después repite sus consejos de rigor:

«Si a algún hugonote tratara de evitar su justo castigo, implorando tu intercesión con el rey tu hermano, debes, EN VIRTUD DE TU PIEDAD CON RESPECTO DE DIOS Y DE TU CELO POR SU HONOR DIVINO, DESATENDER SUS SÚPLICAS; DEBES MOSTRARTE SIN EXCEPCIÓN INEXORABLE CON TODOS. SI PROCEDIESES DE OTRA MANERA, OFENDERÍAS AL SEÑOR.

Parece que San Pío consideraba la indulgencia como el mayor de los pecados.

Escribió cartas sobre cartas al duque de Anjou para que no se dejase persuadir por los que le aconsejasen misericordia para los malvados. Llegó hasta amenazar al duque de Anjou y á la familia real con la venganza divina, *si permitían que tantas y tan grandes ofensas hechas á Dios omnipotente quedasen impunes.*

¿Por qué un Papa, un santo, ha olvidado hasta el punto tal la caridad, que es la primera de las virtudes predicadas por Jesucristo? El mismo lo dice:

«No ambiciones, escribe á Carlos IX, LA FALSA OLORIA DE UNA PRETENDIDA CLEMENCIA, perdonando las injurias hechas á Dios mismo; PORQUE NADA ES MÁS CRUEL QUE LA MISERICORDIA CON LOS IMPÍOS QUE HAN MERECIDO EL ÚLTIMO SUPPLICIO.

Esta horrible máxima no es invención de Pío V, es un axioma de teología. Los herejes son enemigos de Dios; se manda al cristiano perdonar las injurias que se le infieren, pero ¿dónde está escrito que el hombre tenga el derecho de perdonar las injurias que se hacen á Dios? Dejar vivir á los herejes es comprometer la salvación de todos los fieles, á quienes podrían extraviar con sus errores. ¿Qué se diría de un juez que, movido a compasión, dejase libre á una partida de asesinos en medio de pacíficos ciudadanos? ¿No sería esto el colmo de la crueldad? ¿Qué diremos, pues, del príncipe que se muestra indulgente con criminales mil veces más peligrosos?

La Iglesia es depositaria de la verdad revelada; luego todos los que se separan de sus creencias son culpables de lesa majestad divina y merecen el último suplicio.

LAURENT

Fernández Bremón

El 27 del mes último hizo dos años que murió ese gran literato, que se empujó en pasar por conservador, siendo

uno de los espíritus más progresivos que he conocido.

Su viuda, la señora doña Josefa Salamanca, me ha honrado enviándome unos *Diálogos*, por si quiero insertarlos, y allá van. Quería yo mucho á su esposo para no atender cualquiera indicación que de ella parta.

Diálogos homeopáticos

—¿Ves esa señora tan respetable y tan gruesa? Pues me han dicho que tiene tres amantes.

—Lo creo, y me lo explico, con sólo mirar su cintura.

—Aclara la idea.

—A esa mujer no la puede abrazar un hombre solo, necesita un corro de galanes.

—Huye, hijo mío, de los matrimonios desiguales, decía un padre á un mozalbete que tenía amores con la hija de una humilde vendedora: nosotros somos ricos y debes elegir una mujer de tu misma posición.

—Por eso me he fijado en ella, padre mío.

—Si es una pobre.

—Padre: nosotros somos cafeteros y ella es lechera: no puede darse un consorcio más agradable y natural.

—Sí: sólo falta tener para el azúcar.

—Convidé un día á un amigo que estaba cosante, y el pobre no probó un solo bocado.

—Es que estoy malo del estómago, me dijo.

—¿Por qué no consultas á un médico?

—No tengo un cuarto.

—Buscaremos un médico amigo.

—¿Para qué?

—Para que recobres la salud.

—Y, ¿qué sería de mí si la ciencia me devolviera el apetito?

El día en que le notificaron su ascenso á capitán general, el duque suspiró diciendo:

—¿Quién fuera cadete!

—¿Qué dice V.?

—Que cuando era cadete estaba lleno de ilusiones: soñaba en ser capitán general.

—Ya lo es V.

—Sí; pero este ascenso cierra mi carrera por completo: ya no tengo porvenir.

Julio salió desencajado del portal de la casa de su novia.

—¿Qué te pasa?

—Una catástrofe.

—Explicáte.

—Deja que respire. He acompañado á mi novia, que iba con sus padres: la escalera estaba á oscuras, y aprovechando ese accidente, quise dar un beso á la niña.

—¿Y le se distes?

—He dado un beso en una cara con bigotes.

—¡Infeliz! ¿Besastes al padre!

—No lo sé.

—¿Cómo?

—Porque mi suegra tiene también bigotes.

—¿Te acuerdas de la Tía Malahierba?

—Era medio bruja.

—¿Qué supersticioso eres.

—Vaya; profetizó que yo haría mucho ruido en el mundo y ha sido verdad.

—Y ¿qué ruido has hecho?

—Como que he sido cabo de enñón.

—¡Papá! Vengo á pedirle á usted permiso para casarme.

—¿Casarte! ¿Y con quién?

—Con Mariquita.

—Pero, hijo, si es una muñeca. Si al menos fuera rica, tendrías una mujer de bolsillo.

—Yo la quiero.

—Esperemos á que orezca.

—Si tiene ya veinticuatro años.

—Pues esperemos á que engorde.

—Me gustan las mujeres pequeñitas y delgadas.

—Es un amor sin sustancia; es condenarse á gilguero perpetuo.

—Pues Mariquita ha de ser mi mujer.

—¡Tu mujer! A cualquier cosa llaman mujer estos muchachos.

—¡Ola! ¡Pablo! Me has dicho que te cayó la lotería; que sea enhorabuena. Supongo que habrás dejado tu destino.

—Sí: me he convertido en industrial. Soy burrero.

—Extraña industria.

—He comprado cien burros. ¿Qué quieres?... Estuve á las órdenes de ellos tanto tiempo que necesitaba ser el amo alguna vez.

El verdugo de la Audiencia de... ha tenido una corta herencia y ha abandonado su triste profesión. Ese consultó á un amigo acerca de la nueva industria á que podría dedicarse.

—¿Conoces alguna?—le preguntó su amigo.

—Ninguna: he vivido siempre de mi oficio.

—Entonces... es difícil encontrar algo equivalente. ¡Ah! Ya lo hallé: hazte fabricante de corbatas.

—¿Qué fué de Tomasa?

—¿Cuál? ¿Aquella chica tan guapa, hija del carnicero Tobias? Cada vez más hermosa: ayer la ví en un coche.

—¿Tan rica es ya?

—¡Psch! Echó coche al poco tiempo de quedar en la miseria.

—¿Y la tienda?

—Ya no tiene tienda: pero sigue el oficio de su padre.

(En un juicio oral.)

Presidente.—¿Tenía usted algún resentimiento con el herido?

Acusado.—No le conocía.

Presidente.—Entonces ¿por qué le hi- rió usted?

Acusado.—Fué una puñalada de capricho.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

(FOLLETÓN 84.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

perjuicio inmenso, pues Gibraltar ha alzado á Inglaterra á la altura en que está, y derribado á España á la profundidad en que yace. Si; no cabe duda. El decantado poder naval de los ingleses ha necesitado de esa plaza para hacerse sentir, para ser efectivo en la medida que á la magnitud del material flotante correspondía. Careciera de Gibraltar la astuta Albión, y no habría podido meter el hocico en el Mediterráneo. España, en cambio, aun después de haber perdido todo cuanto en el viejo y en el nuevo mundo se le ha ido de las manos, sería una potencia de primer orden si, con Ceuta, tuviera á Gibraltar.

Ahora bien; ¿ha sido debido á incuria, torpeza ó ignorancia de los gobernantes el que en los dos siglos transcurridos España no haya recobrado á Gibraltar? No, de ningún modo; á lo que se ha debido eso es á la desdicha. Y he aquí una de las razones, uno de los signos, porque nosotros creemos que está escrito, allí, donde se escriben esas cosas, que España podrá llegar á ser cuanto el bueno de Zaratrústa se imagine, mas no será nunca de nuevo una nación temible, una nación materialmente fuerte y poderosa. ¿Cómo se ha de achacar á los gobernantes españoles tal desdicha, cuando se han preocupado tanto de recobrar aquella plaza que durante el siglo XVIII toda su política internacional se dirigió á ese objeto, y lord Mahon dijo que no moría un hombre de Estado en España que no llevase á la tumba grabado en el corazón el nombre de Gibraltar? ¿Ni cómo podían los españoles del siglo XIX quitar Gibraltar á los ingleses de quienes han necesitado, primero, para conservar contra Napoleón su independencia, y luego para establecer y mantener las libertades patrias?

Por recobrar aquella plaza se unieron los españoles á los franceses en favor de los americanos, que por esto pudieron, al fin, hacerse independientes; y esos americanos han venido luego á ser los que han dado al imperio colonial español el golpe de gracia. Esto será insigne ingratitud, es cierto; pero no lo es menos que

de esas ingratitudes está llena la historia del mundo, y que, por regla general, obedecen á principios más altos y causas más complejas que el simple movimiento ingrato del corazón de un pueblo.

Y no hay que atribuir la pérdida de Gibraltar á incuria española. Porque por bien guarnecida que hubiese estado la plaza en aquella época, no habría resistido mucho mejor ni mucho más á las fuerzas que cayeron sobre ella. En vez de un bombardeo de seis horas, quizás hubiera sido necesario uno de doce, pero siempre Gibraltar habría caído entonces en poder de los ingleses, cuyos gobernantes demostraron en esto grandísima perspicacia, así como aquel pueblo, en el tesón con que después ha retenido la importante plaza, ha revelado su vigilancia patriótica, porque rey de Inglaterra ha habido resuelto á cumplir la promesa que hizo, de devolución ó cambio, y no pudo efectuarlo por oponerse viva y unánimemente el pueblo inglés.

Tres sitios han puesto los españoles (ayudados de los franceses) á Gibraltar en el siglo XVIII; una de las veces estuvieron á punto de ganarlo, y también otra vez, por la vía diplomática, ocurrió lo mismo. ¿No parecen esos fracasos cosa del sino, algo muy superior á la voluntad y agencia humanas? ¿Y por qué se le ocurrió á Napoleón adoptar para con la monarquía y pueblo españoles procedimientos de falsía y de soberbia, levantando así contra él á la misma nación que más útil le habría sido contra Inglaterra? ¿No parece también que la insensata conducta de aquel genio, en los asuntos de España, ha sido inevitable obra de un destino adverso á esta nación y propicio á los ingleses? Porque Napoleón, con España por aliada en vez de enemiga, lo menos que seguramente habría hecho contra Inglaterra en cuestión territorial, habría sido arrebatárle la plaza que da y quita la entrada en el Mediterráneo, y cuya posesión por los ingleses le había hecho posible pocos años antes destrozar la escuadra francesa en Abukir, suceso y contrariedad que Napoleón no podía olvidar nunca.

Vengamos ahora á los tiempos actuales; hablemos, por ejemplo, de sucesos que tan dolorosa hacen para los españoles la memoria del año 1898, y se verá que tales fueron entonces la magnitud y forma del desastre, que no tienen explicación, ni es posible comprender este, como no se haga intervenir en ayuda de los

conocidos y poderosos recursos materiales de los americanos ese otro elemento intangible y misterioso que, al tenor de la filosofía de cada cual, llamamos providencia, destino ó suerte, y cuya acción ha sido ahora tanto más evidente cuanto que se ha manifestado en la multitud más inverosímil de las más inverosímiles casualidades.

Recordemos, si no, lo que ocurrió en la escuadra de Cervera, y digan los que lo sepan en qué escuela han podido los americanos aprender, no ya á hacer blancos, pues relativamente fueron escasísimos los que hicieron, sino á que los que lograron produjesen siempre bajas y averías, ambas en grado máximo, y los españoles sólo produjeron averías, y estas en grado mínimo. Digan por qué remotísima probabilidad ó privilegiado acierto, el «Indiana», que dispara al azar, á larguísima distancia y por encima del «Gloucester», una granada de 13 pulgadas, la mete precisamente en el «Furor» y lo deshace. Por qué el mismo «Gloucester», yacil armado con cañoncitos de 57 milímetros, hace en unos minutos con el «Plutón» lo que en media hora larga no pudo conseguir, delante de Puerto-Rico, con el «Terror» el «Saint Paul» gran crucero auxiliar que montaba, además de no sabemos cuántos cañones como los del «Gloucester», seis nada menos que de 5 pulgadas y tiro rápido. Por que la única granada española que causó muerte, se empleó toda en la cabeza de un solo hombre, cuando pudo llevarse parte de la de cada uno de los que á su lado estaban en el «Brooklyn». Por qué toda la escuadra española sólo logró, combatiendo, hacer aquel muerto al enemigo, y saliendo pacíficamente de New York un barco mercante y neutral, la «Touraine», le hizo, sin querer, dos ó más, de los soldados que estaban en un bote efectuando el tendido de torpedos, bote que el trasatlántico francés echó á pique. Por qué un proyectil de 12 pulgadas, del «Texas», fué primero á inutilizar la tubería de las bombas del «María Teresa», y después otro de 8 pulgadas del «Brooklyn», acudió á producir el incendio, cuando con solo cambiar el orden de estos blancos podía el incendio estar ya extinguido al inutilizarse las bombas. Por qué en el mismo «Texas» se le ocurre al Comandante y casi todo el estado mayor del buque, cambiar de sitio en el puente, y acto continuo

IMPRESA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 51